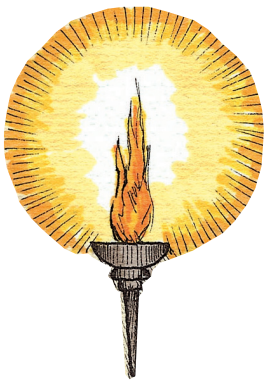
PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO

"Jesús asume en su cuerpo las consecuencias del pecado de nosotros, su pueblo."

Tomo 1 parte 2.indd 137 07-10-13 9:44

PROCESO Y CONDENA DE JESÚS

"Y todos ellos le condenaron, declarándole digno de muerte."
Marcos 14, 64



En tiempos de Jesús, el Sanedrín constituía el cuerpo supremo legislativo, judicial y ejecutivo de los judíos, tanto en asuntos civiles como criminales. Contaba con setenta y siete miembros, incluido su presidente, el sumo sacerdote.

Los poderes del Sanedrín eran bastante amplios. En lo religioso, los judíos lo consideraban la suprema autoridad después de Dios. El Sanedrín se juntaba cuando el sumo sacerdote lo convocaba y lo hacían habitualmente en una zona del templo. En el caso de Jesús, se celebró en casa de Caifás. Se cree que se realizó allí por la hora de la convocatoria, alrededor de las tres de la madrugada.[1]

Llevado ante el Sanedrín por blasfemo (cf. Mc 14, 64), a Jesús se lo juzga y condena en el tribunal romano por motivo "político" (cf. Jn 19, 21). Su condena fue injusta, pues los cargos que se le hacen no tienen más fundamento que la maldad y el temor de los hombres.

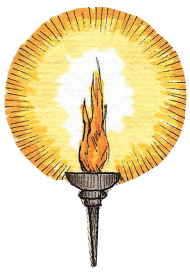
Pasado el proceso y la condena, nadie querrá hacerse responsable de la muerte del justo. Judas devuelve el dinero recibido por su traición, los judíos hacen que Pilato lo condene y Pilato se lava las manos. Nadie quiere asumir su responsabilidad.[2]

[1] cf. Descalzo, Martín, J.L. *Vida y Misterio de Jesús de Nazaret*. Salamanca (5)1992, pg. 1929
[2] cf. Arias, Maximino. *Jesús el Cristo*. Santiago (3) 1980, pg. 203

Tomo 1 parte 2.indd 138 07-10-13 9:44

CAUSAS DE LA CONDENACIÓN DE JESÚS

Desde los comienzos de la vida pública de Jesús, fariseos y partidarios de Herodes, junto con sacerdotes y escribas, se pusieron de acuerdo para perderlo. Por algunas de sus obras, algunos malintencionados decían —sin fundamento válido— que Jesús era sospechoso de posesión diabólica. Además, se lo acusaba de blasfemo y falso profetismo, crímenes religiosos que la Ley castigaba con pena de muerte por lapidación (cf. CEC 574):



- Se consideran sospechosas obras tales como la expulsión de demonios, perdón de los pecados, curaciones en día sábado, amistad con publicanos y pecadores públicos (cf. CEC 574).

- Para muchos en Israel, Jesús parece actuar contra las instituciones esenciales del Pueblo elegido:

  - Contra la sumisión a la Ley en la integridad de sus prescripciones escritas y, para los fariseos, según la interpretación de la tradición oral.

  - Contra el carácter central del Templo de Jerusalén como lugar santo donde Dios habita de manera privilegiada.

  - Contra la fe en el Dios único, cuya gloria ningún hombre puede compartir (cf. CEC 576).

Es evidente que muchas de las obras y de las palabras de Jesús fueron un "signo de contradicción" (cf. Lc 2, 34) para las autoridades religiosas de Jerusalén. Sin embargo, es de notar que sus relaciones con los fariseos no siempre y en todo fueron polémicas.

En efecto, fueron unos fariseos quienes previnieron a Jesús del peligro que corría; Jesús alabó a algunos de ellos, como al escriba (cf. Mc 12, 34) y comió varias veces con fariseos.

También confirma doctrinas sostenidas por ellos, como la resurrección de los muertos, las formas de piedad (limosna, ayuno y oración) y la costumbre de dirigirse a Dios como Padre, carácter central del amor a Dios y al prójimo (cf. CEC 575).

Tomo 1 parte 2.indd 139 07-10-13 9:44

JESÚS Y LA LEY

"No piensen que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento."
Mateo 5, 17

Jesús no abolió la ley del Sinaí sino que la perfeccionó de tal modo que reveló su hondo sentido. Es más, con su propia vida vino a darle cumplimiento. Las leyes ya no estarían escritas en tablas de piedra, sino en el corazón de los hombres (cf. CEC 580). Él es el Legislador divino que ejecuta íntegramente esta Ley; es el siervo fiel que con su muerte expiatoria ofrece el único sacrificio capaz de redimir todas "las transgresiones cometidas por los hombres contra la Primera Alianza" (Hb 9, 15; CCEC 114).

Jesús no sólo no vino a abolir la Ley, exigía su cumplimiento hasta el punto de decir:

"*Sí*, les aseguro, el cielo y la tierra pasarán antes que pase una 'i' o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos" (Mt 5, 17-19).

Por ello fue considerado por los judíos y sus jefes espirituales un "rabbí" o maestro. Si chocaba con los doctores de la ley, era porque no se contentaba con proponer su interpretación entre los suyos, sino que "enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas" (Mt 7, 28-29). Esto lo llevó a enfrentarse con algunos doctores de la Ley que no aceptaban su interpretación a pesar de estar garantizada por los signos divinos que la acompañaban (cf. CEC 577- 581).

Una de las normas más fuertes, porque expresaba lo absoluto de Yhavé y regulaba la vida social y religiosa de Israel, era, sin duda, la del sábado, el día consagrado a Dios. Jesús, sin embargo, frente a la absolutización del sábado retoma y radicaliza un criterio ya conocido: *"El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado"* (Mc 2, 27). Toda regla tiene su fin en el hombre, no tiene valor en sí y por sí misma.

Otro aspecto muy presente en la cultura y en la religiosidad hebrea era la pureza ritual: se observaba una serie de reglas muy precisas y rígidas a fin de asegurar este ámbito de la vida religiosa. Jesús da un giro radical al afirmar:

"Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarlo; es lo que sale del hombre lo que contamina al hombre" (Mt 7, 18-21).

Tomo 1 parte 2.indd 140 07-10-13 9:44

JESÚS Y EL TEMPLO

"Destruyan este Santuario y en tres días lo levantaré."
Juan 2, 19

Jesús veneró el Templo subiendo a él en peregrinación en las fiestas judías y amó con gran celo esa morada de su Padre entre los hombres. Allí impartió gran parte de sus enseñanzas y se indignó y sacó a golpes a los vendedores que, en sus palabras, le faltaban el debido respeto "convirtiéndolo en cueva de ladrones" (Mt 21, 12).

El Templo, además, prefigura su misterio: cuando anuncia la destrucción del Templo, anuncia su propia muerte y la entrada a una nueva edad de la historia de la Salvación, en la cual su Cuerpo será el Templo definitivo. Pero esta profecía de Jesús fue deformada por falsos testigos en su interrogatorio en casa del sumo sacerdote y considerada un crimen tan grave como para condenarlo a muerte (cf. CEC 593).

Tomo 1 parte 2.indd 141 07-10-13 9:44

JESÚS Y LA FE DE ISRAEL EN EL DIOS ÚNICO Y SALVADOR

Jesús nunca contradijo la fe en un Dios único, ni siquiera cuando afirmaba que en Él se cumplían las promesas mesiánicas y que "el Padre y yo somos una sola cosa" (Jn 10, 30). Es decir, se revelaba como igual a Dios en su naturaleza y en su conducta, como, por ejemplo, en su actitud misericordiosa hacia los pecadores. Sin embargo, escandalizaba a los fariseos el hecho de que hasta comiera con ellos y, lo que es más, que identificara esta actitud con la de Dios mismo hacia los pecadores. Llegó incluso a dejar entender que compartiendo la mesa con ellos los admitía en el banquete mesiánico.

Especial motivo de escándalo fue el que perdonara los pecados, pues, como ellos decían, "¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?". Todo esto, sumado a la exigencia de Jesús de creer en Él y convertirse, permite entender la trágica incomprensión del Sanedrín y de muchos judíos —que no lo reconocían como Dios hecho hombre—, quienes estimaron que "era un hombre que se hace Dios" y que por eso merecía la muerte por blasfemo (cf. CCEC 116).

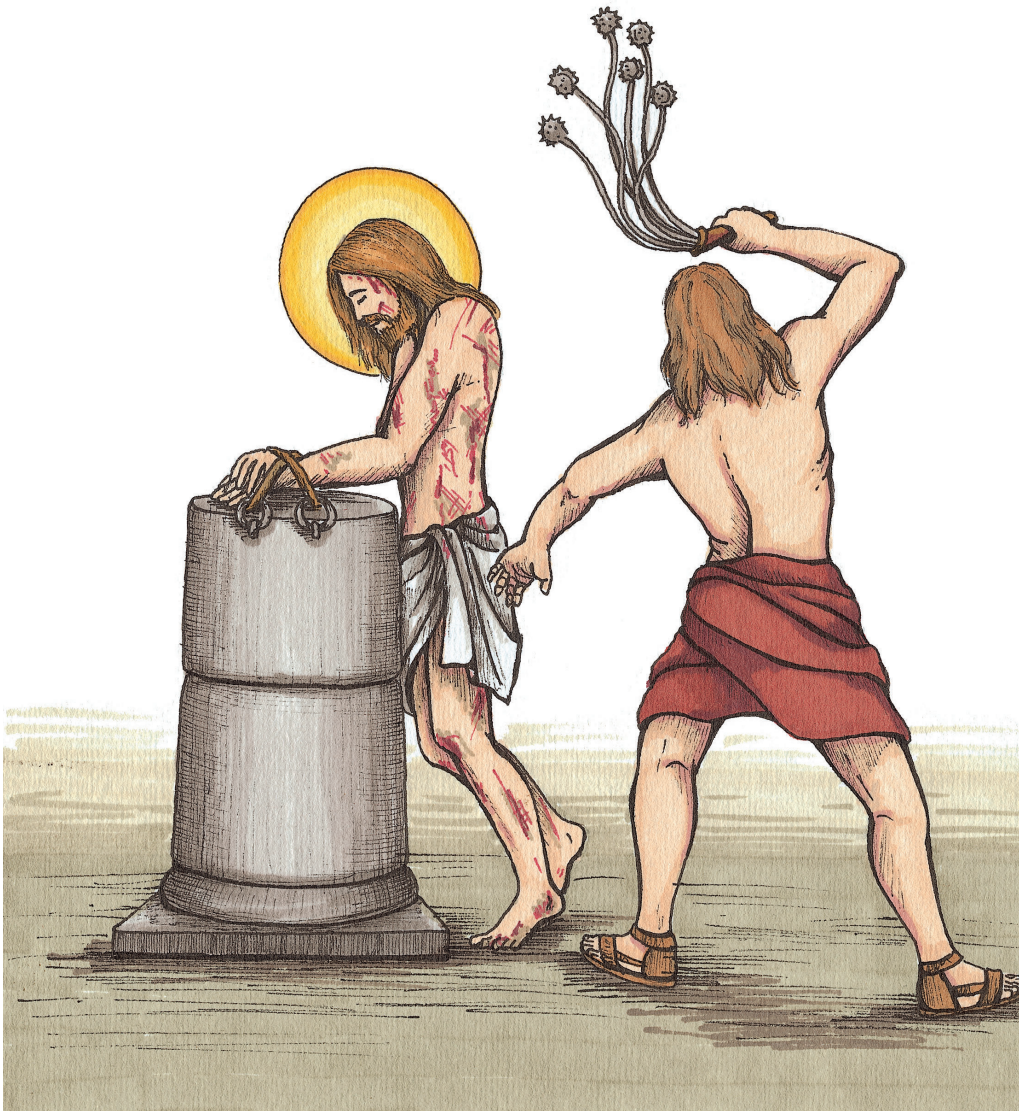
Estas personas obraban así tanto por "ignorancia" (cf. Lc 23, 34; He 3, 17-18) como por el "endurecimiento" de la "incredulidad" (cf. CEC 591) .[1]

[1] cf. Rm 11, 25

Tomo 1 parte 2.indd 142 07-10-13 9:44

LA FLAGELACIÓN DE JESÚS

"Soportó el sufrimiento que debió haber sido nuestro, el dolor que a nosotros nos correspondía..."
Isaías 53, 4



Pilato ordenó que tomaran a Jesús; fue azotado, flagelado y atormentado. Los soldados, para burlarse de Él y recordando que había dicho que era rey, lo coronaron con espinas. Le escupían, abofeteaban, golpeaban. Jesús no se quejó, no salió de sus labios ni una pequeña queja. En Él se cumple la profecía de Isaías en el cuarto verso del siervo del Señor: "Como cordero, fue llevado al matadero" (Is 53, 4 -12).

Tomo 1 parte 2.indd 143 07-10-13 9:44

En este oprobio no sólo se revela el amor de Dios, sino el sentido mismo del hombre. *Ecce homo*: "He ahí al Hombre". Quien quiera conocer al hombre, ha de saber descubrir su sentido, su raíz y su cumplimiento en Cristo, Dios que se humilla por amor "hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2,8; cf. RVM 22).

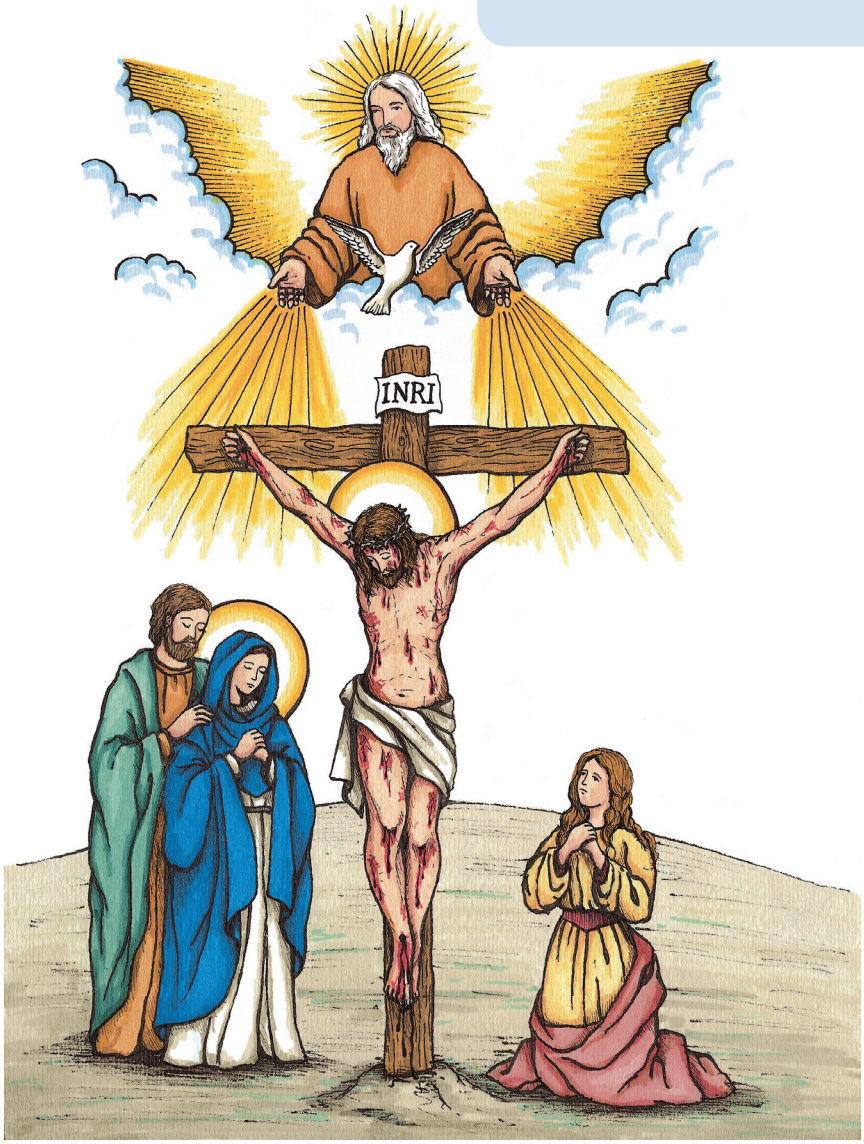
La narración de los castigos aplicados a Jesús ha sido en la Iglesia una fuente de contemplación ilimitada. En ese rostro coronado de espinas, amoratado, lleno de salivazos, en esos hombros cubiertos con un manto púrpura y en esas manos atadas y manteniendo una caña "real", aparece el verdadero Hombre (cf. Jn 19,5). Es la mejor imagen del hombre lleno de pecados y esclavizado por los poderes del mundo. Es la imagen del Hombre-Dios que mejor expresa cuánto le ha costado su creación.[1]

[1] cf. Arias, Maximino. *Jesús el Cristo*. Santiago (3) 1980, pg. 202

Tomo 1 parte 2.indd 144 07-10-13 9:44

JESÚS FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO

"Están crucificando al Hijo de Dios."
Hebreos 6,6

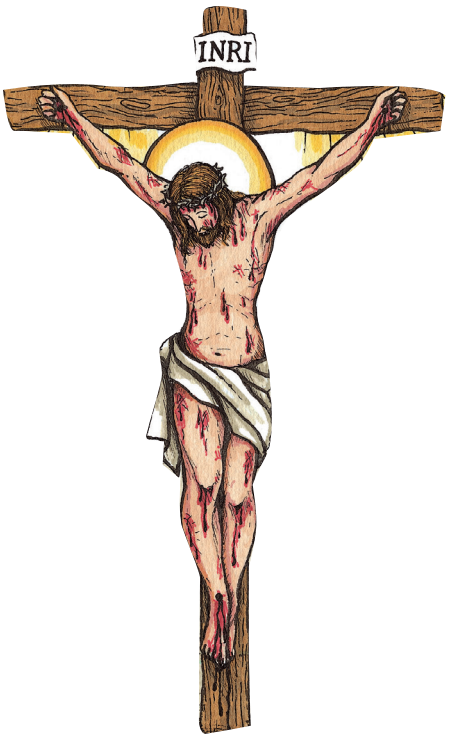


Poncio Pilato, cobardemente, condena a muerte a Jesús. San Juan relata:

"Llevaron a Jesús con su cruz a cuestas a un lugar llamado la Calavera (Calvario), que en hebreo se dice Gólgota. Cuando llegaron al Calvario, Jesús fue tendido en la cruz y clavado a ella en las manos y en los pies. Junto a Él, crucificaron a dos malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda" (Lc 23, 33). Pilato había mandado colocar un letrero sobre la cruz que decía: "Jesús de Nazaret, Rey de los judíos" (Jn 19, 18-19).

Tomo 1 parte 2.indd 145 07-10-13 9:44

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ



Primera palabra: Cuando llegaron al lugar llamado "de la calavera", lo crucificaron junto a los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Jesús dijo: "Padre mío: ¡perdónalos porque no saben lo que hacen!" (Lc 23, 33-34).

Segunda palabra: Uno de los malhechores, crucificados con él, le dijo: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino". Él le respondió: "Yo te aseguro que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso" (Lc 23, 42-43).

Tercera palabra: Al ver a su Madre y cerca de ella al discípulo a quien amaba, Jesús le dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Después dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu Madre". Desde ese momento el discípulo se la llevó a su casa. (Jn 19, 26-27).

Cuarta palabra: Desde el mediodía hasta las tres de la tarde, las tinieblas cubrieron toda la región. Hacia las tres de la tarde, Jesús exclamó en alta voz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27, 45-46).

Quinta palabra: Después, sabiendo que ya todo estaba cumplido, y para que la Escritura se cumpliera hasta el final, Jesús dijo: "Tengo sed." (Jn 19,28).

Sexta palabra: Después de beber el vinagre, dijo Jesús: "Todo se ha cumplido". E inclinando la cabeza, entregó su espíritu (Jn 19,30).

Séptima palabra: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." (Lc 23, 44-46).

Tomo 1 parte 2.indd 146 07-10-13 9:44

LA MUERTE DE JESÚS

El Hijo de Dios da su vida para que los hijos de Dios tengan vida plena.

Los Evangelistas afirman que a la hora en que murió Jesús la cortina que cerraba la entrada al lugar Santísimo del Templo se rasgó de arriba abajo.

"La cortina del templo se rasgó de arriba abajo en dos partes; la tierra tembló y se hundieron las rocas; se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos, que habían muerto, resucitaron y se aparecieron a muchos. El centurión y los que con él guardaban a Jesús, viendo el terremoto y cuánto había sucedido, temieron sobremanera y se decían: 'Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios'". Mateo 27, 51-54.

Tomo 1 parte 2.indd 147 07-10-13 9:44

Para cerciorarse de que Jesús había muerto, Pilato envió a unos soldados al calvario:

"Vinieron soldados y le quebraron las piernas al primero y al otro que fueron crucificados con él. Al llegar a Jesús, vieron que ya estaba muerto. Así es que no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado de una lanzada y al instante salió sangre y agua."
Juan 19, 32,34.

La Cruz termina con la herida de la lanza en el costado. Sin embargo, para Juan éste es el principio, pues marca el nacimiento de la Iglesia y de los Sacramentos. A partir de ese día, se inaugura una Nueva Alianza a la cual serían convidados todos los pueblos de la tierra.

Tiene mucha importancia ver el corazón de Jesús traspasado, derramando hasta la última gota de sangre, y la postura de Jesús en la Cruz: sus brazos abiertos abrazan a todo el mundo. Son estas dos posturas teológicas y contemplativas.[1]

La muerte de Cristo es el sacrificio único y definitivo. Es a la vez el sacrificio pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres por medio del "cordero que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29) y el sacrificio de la Nueva Alianza que devuelve al hombre a la comunión con Dios, reconciliándolo con Él por la "sangre derramada por muchos para remisión de los pecados" (Mt 26, 28; CEC 613).

La Iglesia, en el Magisterio de su fe y en el testimonio de sus santos, jamás ha olvidado que "los pecadores mismos fueron los autores y los instrumentos de todas las penas que soportó el divino Redentor".[2] Teniendo en cuenta que nuestros pecados alcanzan a Cristo, la Iglesia no duda en imputar a los cristianos la responsabilidad con la que ellos, con demasiada frecuencia, han abrumado únicamente a los judíos (cf. CEC 598).

La Iglesia, nosotros, recordamos la agonía, pasión y muerte de Jesús en la Liturgia de *Viernes Santo*. Esta celebración comprende tres partes:

- Liturgia de la Palabra,
- Adoración de la Cruz,
- Sagrada Comunión

El Viernes Santo los fieles acompañamos espiritualmente a Cristo en su camino a la cruz rezando la oración del Vía Crucis.

[1] cf. Arias, Maximino. *Jesús el Cristo*. Santiago 1980, pg. 203
[2] cf. Catecismo Romano, 1,5, 11; Hb 12, 3

Tomo 1 parte 2.indd 148 07-10-13 9:44

JESÚS MURIÓ POR NOSOTROS

No hay amor más grande que el que da su vida por los amigos.

A fin de reconciliar consigo a todos los hombres, destinados a la muerte a causa del pecado, Dios tomó la amorosa iniciativa de enviar a su Hijo para que se entregara a la muerte por los pecadores. Jesús, al aceptar en su voluntad humana que se hiciera la voluntad del Padre, acepta su muerte como redentora y asume nuestras faltas en su cuerpo sobre la cruz. Su sufrimiento y su muerte manifiestan cómo su humanidad fue el instrumento libre y perfecto del cual se valió el Amor divino para salvar a todos los hombres (cf. CCEC 118; CEC 612; 119). Anunciada en el Antiguo Testamento, particularmente como sacrificio del Siervo doliente, la muerte de Jesús tuvo lugar tal como había sido profetizada en las Escrituras (cf. CCEC 118).

Cristo murió por nuestros pecados. Nuestra salvación procede de la iniciativa del amor de Dios hacia nosotros, porque Él nos amó y nos envió a su Hijo para que pagara nuestras culpas. En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo (cf. CEC 620). La muerte de Cristo nos devolvió la comunión con Dios, nos reconcilió con Él. Este sacrificio de Cristo es único y definitivo, da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios. La muerte de Jesús es un don del mismo Dios Padre, que entrega a su Hijo único para la salvación de todos los hombres y es, además, una ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre, quien libremente y por amor ofrece su vida para reparar nuestra desobediencia (cf. CEC 613-614).

Y así como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron pecadores, por la obediencia de uno solo todos serán llamados justos. Por su obediencia hasta la muerte, Jesús repara nuestras faltas y da satisfacción al Padre por nuestros pecados (cf. CEC 615).

Tomo 1 parte 2.indd 149 07-10-13 9:44

El amor hasta el extremo es el que da su valor de redención y reparación, de expiación y de satisfacción al sacrificio de Cristo, quien nos ha conocido y amado a todos y cada uno hasta el punto de ofrecer su vida por nosotros. Ningún hombre, ni aun el más santo, estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por ellos. La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todos los seres humanos y lo instituye Cabeza de toda la humanidad, es lo que hace posible su sacrificio redentor *por todos* (cf. CEC 616).

Cristo, único mediador entre Dios y los hombres, invita a cada hombre a unirse a Él en su entrega en la cruz. Llama a sus discípulos a "tomar su cruz" y seguirlo; nos invita cada día a ser obedientes al Padre, a asociar nuestras cruces a la suya ofreciendo todos nuestros sacrificios y renuncias diarias. María nos muestra cómo hacerlo, pues ella permanece al pie de la cruz del Señor (cf. CEC 618). El sacrificio pascual de Cristo rescata a los hombres de modo único, perfecto y definitivo y los abre a la comunión con Dios (cf. CCEC 122).

" El Misterio pascual de Jesús, que comprende su Pasión, Muerte, Resurrección y Glorificación, está en el centro de la fe cristiana, porque el designio salvador de Dios se ha cumplido de una vez por todas con la muerte redentora de su Hijo, Jesucristo."
(cf. CCEC 112)

Tomo 1 parte 2.indd 150 07-10-13 9:44

NUESTRA PARTICIPACIÓN EN EL SACRIFICIO DE CRISTO

"Fuera de la cruz, no hay otra escala por donde subir al cielo."
Santa Rosa de Lima

Jesús nos ofrece a todos la posibilidad de asociarnos a su misterio pascual: invitó a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirlo". Al sufrir por nosotros, nos dejó un ejemplo para que sigamos sus huellas. Él quiere asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios. Todo esto se realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. CEC 618).

La cruz del Señor nos espera cada día de nuestras vidas. A veces encontraremos su cruz en una dificultad, en una enfermedad grave y dolorosa, en un problema económico, en la muerte de un ser querido, en las contrariedades de cada día. Jesús nos dice: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, que renuncie a sí mismo y lleve su cruz de cada día y me siga". La cruz, sea pequeña o grande, pero aceptada, produce paz y gozo en medio del dolor. Cuando no se acepta, el corazón queda desentonado o con una íntima rebeldía que sale enseguida al exterior en forma de tristeza o de malhumor.[1]

El dolor, que tantas veces acompaña nuestras vidas, puede ser un medio que Dios nos envía para purificarnos de las imperfecciones, para ejercitar y robustecer las virtudes y para unirnos a los padecimientos de Cristo Redentor, quien siendo inocente llevó sobre sí el castigo que merecían nuestros pecados. La Santísima Virgen María, san José y todos los santos han experimentado intensamente el dolor como participación en la Cruz redentora de Cristo.[2]

San Alberto Hurtado decía: "En la alegría y en el dolor, siempre nos visita el Señor".

[1] cf. Fernández Carvajal, Francisco. *Antología de textos*. Madrid 1983 (11), pg. 406
[2] *Íd.*, pg. 406

Tomo 1 parte 2.indd 151 07-10-13 9:44

JESÚS FUE SEPULTADO

Signo de su muerte real e irrefutable

"Cerca del lugar donde crucificaron a Jesús había un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado. Aprovecharon este sepulcro para enterrar allí el cuerpo de Jesús."

Juan 19, 41-42.

José de Arimatea y Nicodemo, dos discípulos de Jesús, "en secreto" por temor a los judíos en esos momentos difíciles y peligrosos, pidieron autorización a Pilato para enterrar el cuerpo de Jesús.

Tomo 1 parte 2.indd 152 07-10-13 9:44

Durante el tiempo que Cristo permaneció en el sepulcro, si bien no impidió a la muerte separar el alma del cuerpo, según el orden necesario de la naturaleza, los reunió de nuevo por medio de la Resurrección, a fin de "ser Él mismo en persona el punto de encuentro de la muerte y de la vida", al detener en Él la descomposición que produce la muerte y resultar Él mismo el principio de reunión de las partes separadas (cf. CEC 625).

La muerte de Cristo fue una verdadera muerte, ya que puso fin a su existencia humana. Pero a causa de la unión que la Persona del Hijo conservó con su cuerpo, éste no se convirtió en un despojo mortal como el de los demás, porque "no era posible que la muerte lo dominara" (Hch 2, 24), y por eso la "virtud divina preservó de la corrupción al cuerpo de Cristo".

Se puede decir que Cristo fue "arrancado de los vivos" (Is 53, 8) y "mi carne reposará en la esperanza de que no abandonarás mi alma en el Infierno ni permitirás que tu santo experimente la corrupción" (Hch 2, 26-27).
La Resurrección de Jesús al tercer día fue la prueba de ello, porque se suponía que la corrupción se manifestaba a partir del cuarto día (cf. CEC 627).

Durante el Sábado Santo, en nosotros, la Iglesia permanece en vigilante espera delante del sepulcro donde Jesús descansa y del cual surgirá la vida. La celebración litúrgica es la de las Horas, sin Eucaristía. Es también un día alitúrgico. La misa de la noche pertenece ya al Domingo de Resurrección.[1]

[1] cf. Borello, Mario. *El Año Litúrgico*. Santiago, 2000, pg. 26

Tomo 1 parte 2.indd 153 07-10-13 9:44

DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

"Para que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan."
Juan 5, 25

Los "infiernos", distintos del infierno de la condenación, constituían el estado de todos aquellos, justos e injustos, que habían muerto antes de Cristo. Quienes se encontraban allí, se encontraban privados de la visión de Dios (cf. CEC 633; CCEC 125).

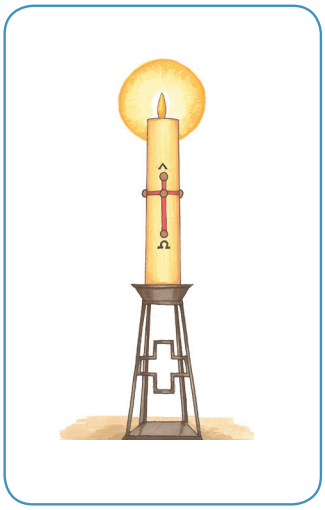
Las almas santas, que esperaban a su Liberador en el seno de Abraham, son a las que Cristo liberó cuando descendió a los infiernos. Jesús no bajó a los infiernos para liberar a los condenados ni para destruir el infierno, lugar de la condenación, sino para liberar a los justos que le habían precedido, para abrirles las puertas del Cielo y que al fin pudieran acceder a la visión de Dios (cf. CEC 633; CCEC 125).

El descenso a los infiernos es la última fase de la misión mesiánica de Jesús. Cristo bajó a la profundidad de la muerte "para que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan" (Jn 5, 25; cf. CEC 634-635).

"Jesús aniquiló mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberó a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a la esclavitud" (Hb 2, 14-15). En adelante, Cristo resucitado tiene las llaves de la muerte y del infierno (Ap 1, 18); "y al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos" (Flp 2, 10; cf. CEC 635).

Tomo 1 parte 2.indd 154 07-10-13 9:44

LA VIGILIA PASCUAL



Vigilante espera de la Resurrección de Cristo .

En la liturgia de la Iglesia celebramos la Vigilia Pascual el Sábado Santo por la noche. Se inicia la celebración en vigilante espera de la Resurrección de Cristo. La celebración consta de cuatro momentos importantes:

- **Liturgia de la luz o lucernario:** se enciende el Cirio Pascual, símbolo del Resucitado y de la luz que ilumina a los hombres. El presbítero bendice el fuego y pide a Dios que la luz de Cristo se encienda en cada uno de los fieles.

- **Liturgia de la Palabra:** se proclaman los momentos sobresalientes de la historia de la Salvación, en referencia al bautismo.

- **Liturgia Bautismal**: se bendice el agua bautismal y se renuevan las promesas del Bautismo. La liturgia tiene como preludio la Letanía de los Santos; se implora su intercesión para que un día merezcamos compartir en su compañía la vida eterna y cantar las alabanzas del Señor.

- **Liturgia Eucarística:** junto a los recién bautizados se participa en el convite de Cristo resucitado. Aunque éste se renueve en cada Misa, ese día tiene un relieve particular: “Quien come de este pan vivirá eternamente, como el Señor resucitado”.

Tomo 1 parte 2.indd 155 07-10-13 9:44

AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS

"Muriendo destruyó nuestra muerte,
y resucitando restauró la vida ." [1]

"De pronto se produjo un gran temblor: el ángel del Señor bajó del cielo, y llegando al sepulcro hizo rodar la piedra que lo tapaba y se sentó encima. Su aspecto era como el relámpago y sus ropas blancas como la nieve. Al verlo, los guardias temblaron de miedo y quedaron como muertos."

(Mt 28, 2-4)

[1] cf. Prefacio I de Pascua

Tomo 1 parte 2.indd 156 07-10-13 9:45

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

"La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, y representa, con la Cruz, una parte esencial del Misterio pascual." [1]

Nadie fue testigo ocular del acontecimiento mismo de la Resurrección y ningún Evangelista lo describe. Nadie puede decir cómo sucedió físicamente. El acontecimiento histórico es sólo demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los Apóstoles con Cristo resucitado. Cristo resucitado no se manifiesta al mundo, sino a sus discípulos, que ahora son testigos suyos ante el pueblo (cf. CEC 647).

En la Resurrección de Cristo actúan las tres personas Divinas, juntas a la vez y manifestando su propia originalidad. El Padre muestra su poder, el Hijo "recobra la vida, porque la ha dado libremente" (Jn 10,17), reuniendo su alma y su cuerpo, que el Espíritu Santo vivifica y glorifica (cf. CEC 648; CCEC 130).

La Resurrección de Jesús es atestiguada por las mujeres, las primeras que encontraron a Jesús resucitado y lo anunciaron a los Apóstoles. Luego, Jesús "se apareció a Cefas (Pedro) y luego a los Doce y más tarde a más de "quinientos hermanos a la vez" (1Co 15, 5-6) y a otros más. Los Apóstoles no pudieron inventar la Resurrección, puesto que les parecía imposible: en efecto, Jesús les echó en cara su incredulidad (cf. CCEC 127).

Como testigos del Resucitado, los Apóstoles son la piedra en que se funda la Iglesia. En varias oportunidades se les aparece el Señor para instituir los Sacramentos y para dejar todo preparado antes de su partida definitiva al Cielo. El Señor encargó a los Apóstoles continuar su misión: los preparó para enseñar, les entregó el poder de gobernar, enseñar y santificar con asistencia del Espíritu Santo (cf. CEC 642).

"Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría de ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo: "La paz esté con ustedes". Y añadió: "Como el Padre me ha enviado, yo también los envío a ustedes".Sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengan, Dios se los retendrá."

Juan 20, 19-23

[1] cf. CCEC 126

Tomo 1 parte 2.indd 157 07-10-13 9:45

La Resurrección del Señor es un llamado al apostolado hasta el fin de los tiempos. Cada una de las apariciones concluye con un mandato apostólico: a María Magdalena le dice: "Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre que es de ustedes" (Jn 20, 17). A las demás mujeres: "Vayan y digan a mis hermanos que se dirijan a Galilea y que allí me verán" (Mt 28, 10). Los mismos discípulos de Emaús sienten la necesidad, aquella misma noche, de comunicar a los demás que Cristo vive. Y cuando se aparece a los once Apóstoles, estando sentados a la mesa, les dijo:

"Vayan por todo el mundo y proclamen la buena noticia a toda la creación"

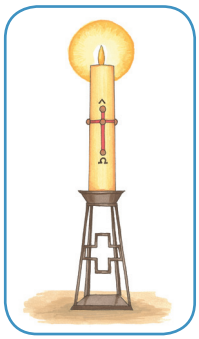
Marcos 16,15-16.

Desde Pentecostés, los Apóstoles comienzan a dar testimonio de lo que han visto y oído y a predicar en nombre de Jesús a todas las naciones —comenzando por Jerusalén— la necesidad de arrepentimiento y penitencia para el perdón de los pecados. A los Apóstoles les corresponderá comunicar a toda la humanidad lo que vieron, los acontecimientos de los cuales fueron testigos. En adelante, el Dios de Israel será el Dios de todas las naciones y corresponderá a los Apóstoles ser los primeros en llevar la Palabra del Dios Vivo a todos los pueblos.

La Resurrección de Cristo es un acontecimiento trascendente porque, además de ser un evento histórico verificado y atestiguado mediante signos y testimonios, trasciende y sobrepasa a la historia; es un misterio de la fe en cuanto implica la entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios. Por este motivo, Cristo resucitado no se manifestó al mundo, sino a sus discípulos, haciendo de ellos sus testigos ante el pueblo (cf. CCEC 128).

Tomo 1 parte 2.indd 158 07-10-13 9:45

EL ESTADO DE LA HUMANIDAD RESUCITADA DE CRISTO



La Resurrección de Cristo no es un retorno a la vida terrena. Su cuerpo resucitado es el mismo que fue crucificado, pero ahora participa de la vida divina, con las propiedades de un cuerpo glorioso (cf. CCEC 129).

Jesús resucitado establece con sus discípulos relaciones directas mediante el tacto y el compartir la comida. Los invita a reconocer que Él no es un espíritu, a comprobar que el cuerpo resucitado con el que se presenta ante ellos es el mismo que ha sido martirizado y crucificado, ya que sigue llevando las huellas de su pasión (cf. CEC 645).

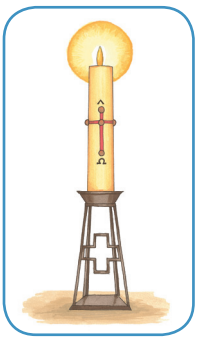
El cuerpo de Jesús resucitado, auténtico y real, posee propiedades nuevas, propias de un cuerpo glorioso. No está situado en el tiempo ni en el espacio y puede hacerse presente a voluntad donde quiere y cuando quiere, porque su humanidad ya no está sujeta a la tierra. Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer como quiera: bajo la apariencia de un jardinero o bajo otra figura distinta de la que les era familiar a los discípulos y eso, para suscitar su fe (cf. CEC 645).

La Resurrección de Cristo es distinta a la resurrección de los muertos —de Lázaro, la hija de Jairo y el joven de Naím— que había realizado antes de su Pascua: ellos volverían a morir. Cristo, en cambio, pasa de la muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. Al resucitar, el Cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es "el hombre celestial" (cf. 1Col 15, 35-50; CEC 646).

Tomo 1 parte 2.indd 159 07-10-13 9:45

SENTIDO Y ALCANCE SALVÍFICO DE LA RESURRECCIÓN

"Si Cristo no hubiese resucitado, vana sería nuestra predicación, vana sería nuestra fe ."
1 Corintios 15, 14



★ **La Resurrección de Cristo es la culminación de la Encarnación.** Es una prueba de la divinidad de Cristo, confirma cuanto hizo y enseñó y realiza todas las promesas divinas en nuestro favor. Todas las verdades, incluso las más inaccesibles al espíritu humano, encuentran su justificación en la Resurrección de Cristo, la cual es prueba definitiva de su autoridad divina según lo había prometido (cf. CCEC 131; CEC 651).

★ **En la Resurrección de Cristo se cumplen las promesas del Antiguo Testamento y las que el mismo Jesús hizo durante su vida terrenal.** La verdad de la divinidad de Jesús es confirmada por su Resurrección y está estrechamente unida al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios: es su plenitud según el designio de Dios (cf. CEC 653).

★ **Por su muerte, Cristo nos libera del pecado; por su Resurrección, nos da acceso a una nueva vida.** Ésta es, en primer lugar, la *justificación* que nos devuelve la gracia de Dios "a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos... así también nosotros vivamos una nueva vida" (Rm 6, 4; cf. CEC 654).

★ **La Resurrección realiza la adopción filial,** porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus hermanos después de su Resurrección. Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en la Resurrección (cf. CEC 654).

★ **La Resurrección de Cristo y el propio Cristo resucitado es principio y fuente de nuestra resurrección futura.** En la espera de que esto se realice, Cristo vive en el corazón de sus fieles. En Él, los cristianos "saborean los prodigios del mundo futuro" (Hb 6,5) y su vida es arrastrada por Cristo al seno de la vida divina, para que "ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2Col 5, 15; cf. CEC 655).

Tomo 1 parte 2.indd 160 07-10-13 9:45

SUBIÓ A LOS CIELOS Y ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO

" No los dejaré huérfanos; regresaré con ustedes. El mundo dejará de verme dentro de poco; ustedes, en cambio, seguirán viéndome, porque yo vivo y ustedes también vivirán ."

Juan 15,18-19

Tomo 1 parte 2.indd 161 07-10-13 9:45

DESPEDIDA Y ASCENSIÓN DE JESÚS A LOS CIELOS

Jesús Resucitado se quedó durante cuarenta días completando la formación de sus Apóstoles: "Después de su Pasión, Jesús se les presentó con muchas y evidentes pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios" (Hch 1,3). Antes de irse a los Cielos, Jesús hace una promesa y nos deja una gran misión:

★ **Promesa del Espíritu Santo:** un día, mientras comían juntos, les ordenó:

"No salgan de Jerusalén. Esperen la promesa que les hice de parte del Padre, porque Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días. Ustedes recibirán la fuerza del Espíritu Santo, Él vendrá sobre ustedes para que sean mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra".

Hechos 1, 4-8.

★ **Da la misión universal de evangelizar y bautizar:** los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

"Dios me ha dado autoridad plena sobre el cielo y la tierra. Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado. Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos". Después de decir esto, Jesús alzó las manos y los bendijo. Y mientras los bendecía se separó de ellos y lo vieron elevarse al cielo. Lucas 24, 50.

"Cuando estaban mirando atentamente el cielo mientras él se iba, se acercaron dos hombres con vestidos blancos y les dijeron: Galileos, ¿porqué se han quedado mirando al cielo? Este Jesús que de entre ustedes ha sido llevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo han visto partir."

Hechos 1, 9

Tomo 1 parte 2.indd 162 07-10-13 9:45

La Ascensión de Jesucristo marca la entrada definitiva de la humanidad de Jesús en el dominio celestial de Dios, aunque mientras tanto lo esconde a los ojos de los hombres (cf. CEC 665).

A la Ascensión, que es un aspecto de la Resurrección, en el Nuevo Testamento también se la llama Glorificación, Triunfo, Exaltación. Cuando Jesús asciende, los Apóstoles se postran, lo adoran, lo reconocen como Señor y Dios. Les duele la separación visible, pero dos hombres vestidos de blanco les indican que ha sido elevado al cielo y que vendrá de la misma manera que lo han visto partir. Su triunfo es también el nuestro.[1]

La Liturgia de la Iglesia nos dice que Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, nos precede en el Reino glorioso del Padre para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos en la esperanza de estar un día con Él eternamente (cf. CEC 666).

Jesucristo, habiendo entrado una vez por todas en el santuario del Cielo, intercede sin cesar por nosotros como el mediador que nos asegura permanentemente la efusión del Espíritu Santo. En el Cielo, Cristo ejerce permanentemente su sacerdocio. De ahí que pueda salvar perfectamente a los que por Él llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor (cf. CEC 662-667).

Como Señor del cosmos y de la historia, Cristo glorificado permanece misteriosamente en la tierra, donde su Reino está ya presente como germen y comienzo. Por esto, vivimos vigilantes, pidiendo: "Ven, Señor Jesús" (Ap 22, 20; cf. CEC 133).

La Liturgia de la Solemnidad de la Ascensión del Señor rebosa de alegría. Cada domingo profesamos este misterio de Cristo: "Resucitó al tercer día, subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre". En varias plegarias eucarísticas, en la anánmesis se menciona su "admirable Ascensión a los cielos" (cf. Pleg. I y IV).

[1] cf. Semanario litúrgico. El domingo, día del Señor. Año XXX, No 1587

Tomo 1 parte 2.indd 163 07-10-13 9:45

DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS

"Jesús volverá en gloria ." [1]

Cristo elevado al cielo y glorificado, cumpliendo su misión, permanece en la tierra, en su Iglesia. La Iglesia es comienzo del Reino de Cristo en la tierra. La Iglesia se caracteriza por una verdadera santidad aunque todavía imperfecta. Todavía no le están sometidas todas las cosas de este mundo. El triunfo del Reino de Cristo no tendrá lugar sin un último asalto de las fuerzas del mal (cf. CEC 680).

El día del juicio, en el fin del mundo, Cristo vendrá en gloria y majestad para llevar a cabo el triunfo definitivo del bien sobre el mal (cf. CEC 681).

Cristo juzgará a los vivos y a los muertos con el poder que ha obtenido como Redentor del mundo, venido para salvar a los hombres. Los secretos de los corazones serán develados, así como la conducta de cada uno con Dios y el prójimo. Todo hombre será colmado de vida o condenado para la eternidad, según sus obras. Así se realizará la "plenitud de Cristo" (Ef 4, 13), en la que "Dios será todo en todos" (1Col 15, 28; CCEC 135).

[1] cf. CEC 681

Tomo 1 parte 2.indd 164 07-10-13 9:45

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

"El Espíritu Santo vendrá, nosotros lo conoceremos, estará con nosotros para siempre... nos lo enseñará todo... nos conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo."

(cf. CEC 729)

Tomo 1 parte 2.indd 165 07-10-13 9:45

¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO?

- Es la tercera persona de la Santísima Trinidad;
- es realmente Dios;
- "procede" del amor personal entre Dios Padre y su Hijo Jesucristo;
- es una Persona distinta del Padre y del Hijo y, al mismo tiempo, unido íntimamente a ellos en la Trinidad;
- recibe su misma adoración y gloria;
- es invisible. Lo conocemos por medio de su acción cuando nos revela al Verbo y cuando obra en la Iglesia (cf. CCEC 137);
- le pertenece un modo de obrar propio, de carácter personal;
- despierta en nosotros la fe, nos hace conocer a Dios Padre, nos hace oír su Palabra, nos da a conocer a Cristo, pero no se revela a sí mismo. Este discreto ocultarse explica por qué el mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce. Los que creen en Cristo conocen al Espíritu Santo porque Él mora en ellos (cf. CEC 683-689).

"El Espíritu Santo ha sido 'enviado a nuestros corazones' (Ga 4, 6) a fin de que recibamos la nueva vida de hijos de Dios. Él coopera en todo con el Padre y el Hijo en nuestra salvación. Nadie puede decir: ¡Jesús es Señor!, sino por influjo del Espíritu Santo. Mediante el Sacramento del Bautismo se nos comunica íntima y personalmente."

(cf. CEC 683-687; CCEC 136)

Tomo 1 parte 2.indd 166 07-10-13 9:45

¿EN QUÉ LUGARES NOS RECOMIENDA LA IGLESIA ENCONTRAR AL ESPÍRITU SANTO?

- En las Escrituras que Él ha inspirado;
- en la Tradición, de la cual los Padres de la Iglesia son testigos siempre actuales;
- en el Magisterio de la Iglesia, al que Él asiste;
- en la liturgia sacramental, a través de palabras y símbolos, en donde el Espíritu Santo nos pone en comunión con Cristo;
- en la oración, en la cual Él intercede por nosotros;
- en los signos de vida apostólica y misionera;
- en el testimonio de los santos, en donde Él manifiesta su santidad y continúa la obra de la Salvación;
- en la caridad auténtica, que reconoce la presencia del Señor (cf. CEC 688).

Tomo 1 parte 2.indd 167 07-10-13 9:45

EL NOMBRE PROPIO DEL ESPÍRITU SANTO

"Espíritu Santo" es el nombre propio de la tercera Persona de la Santísima Trinidad. El término "Espíritu" viene del latín *spiritus*, que significa viento, soplo, aliento, aire. La idea fundamental que expresa el nombre bíblico del Espíritu no es la de un poder intelectual, sino de un impulso dinámico, comparable al impulso del viento. En la Biblia, la primera función del Espíritu es la de poner en movimiento y la de comunicar un dinamismo (cf. CEC 691).

"Jesús lo llama también Espíritu, Paráclito, Consolador, Abogado y Espíritu de Verdad. El Nuevo Testamento lo llama Espíritu de Cristo, del Señor, de Dios, Espíritu de la Gloria, y de la Promesa."

(cf. CCEC 138)

Tomo 1 parte 2.indd 168 07-10-13 9:45

LOS SÍMBOLOS DEL ESPÍRITU SANTO

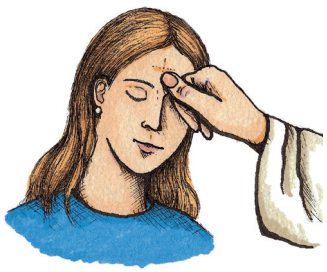
En la Biblia hay algunos símbolos que nos indican la presencia del Espíritu vivificante y a través de los cuales se nos manifiesta. Estos símbolos, tales como el agua, la unción, el fuego, el viento, la paloma, la nube y la luz, el sello y la mano, denotan su dinamismo operativo, pero también su Persona presente en la acción.

EL AGUA

El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el Bautismo, ya que, después de la invocación del Espíritu Santo, ésta se convierte en signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento. En efecto, tal como en el agua se realiza la gestación de nuestro primer nacimiento, en el agua bautismal nacemos a la vida divina por obra del Espíritu Santo. El Espíritu es también el "agua viva" que brota del costado de Cristo crucificado como de su manantial y que en nosotros hace brotar la vida eterna (cf. CEC 694).

El agua es un símbolo de fecundidad, manantial de vida nueva. El agua que Dios promete verter es su Espíritu, que "derramará" sobre los hijos de su pueblo.

LA UNCIÓN



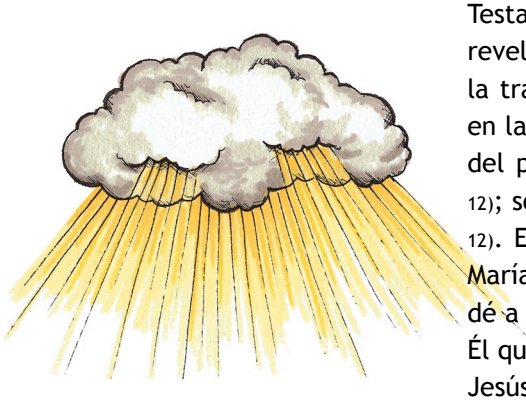
El simbolismo de la Unción con el óleo es también significativo del Espíritu Santo, hasta el punto de haberse convertido en sinónimo suyo. Cristo significa Mesías, es decir, ungido por el Espíritu. El ser ungidos con óleo significa que somos ungidos con el Espíritu Santo, como lo hacían con los hijos de los reyes. Nosotros, por ser hijos de Dios, somos hijos de un rey y estamos llamados a reinar, es decir, a no ser esclavos del pecado. Para el cristiano, servir es reinar, pues reina en el servicio, en la caridad y especialmente en la ayuda a los más necesitados (cf. CEC 695).

Tomo 1 parte 2.indd 169 07-10-13 9:45

EL FUEGO

El fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo, pues transforma lo que toca. El fuego es fuente de calor y de luz, pero es también fuerza que destruye lo que no es bueno, es fuente purificadora. El Espíritu Santo se refleja en la imagen de fuego como amor que penetra y como su elemento purificador. Jesús mismo decía: *"He venido a arrojar fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!"* (Mt 3, 12). En este caso se trata del fuego del amor de Dios, de aquel amor que *"ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo"* (Rm 5, 5). Las lenguas como de fuego que aparecieron el día de Pentecostés sobre las cabezas de los Apóstoles y los discípulos significan que el Espíritu Santo les dio el don de la participación en el amor salvífico de Dios. Les dio vida nueva, fuerza y valentía. El fuego es símbolo del Espíritu Santo, Persona que es Amor en la Trinidad Divina.[1] La tradición espiritual conserva este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo (cf. CEC 696).

LA NUBE Y LA LUZ



La nube y la luz son dos símbolos inseparables en las manifestaciones del Espíritu Santo. Desde el Antiguo Testamento, la nube, unas veces oscura, otras luminosa, revelan al Dios vivo y salvador, que tiende un velo sobre la trascendencia de su Gloria: se deja ver sobre Moisés en la montaña del Sinaí (cf. Ex 24, 15-18); durante la marcha del pueblo de Israel por el desierto (cf. Ex 40, 36-38; 1Co 10, 12); sobre Salomón en la dedicación del Templo (cf. 1R 8, 10-12). El Espíritu Santo desciende también sobre la Virgen María y la cubre con su sombra para que ella conciba y dé a luz a Jesús. En la montaña de la Transfiguración, es Él quien vino en forma de nube y cubrió con su sombra a Jesús, Moisés y Elías, a Pedro, Santiago y Juan, mientras se escuchaba una voz que decía: "Éste es mi hijo, mi elegido, escúchenle" (Lc 9, 34-35). Una nube ocultó a Jesús de sus Apóstoles el día de la Ascensión y lo revelará como Hijo del Hombre en su Gloria el día de su Advenimiento (cf. Lc 21, 27; CEC 697).

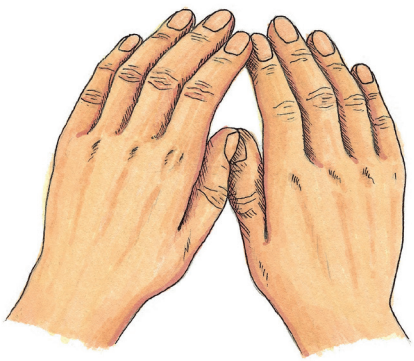
[1] cf. Juan Pablo II, 17 de octubre de 1990

Tomo 1 parte 2.indd 170 07-10-13 9:45

EL SELLO

El sello es un símbolo semejante a la unción. En efecto, *"Dios marcó a Cristo con su sello"* (Jn 6, 27) y, en Él, también a nosotros nos marca con el mismo sello. Este símbolo significa el carácter imborrable de la Unción del Espíritu Santo en los Sacramentos del Bautismo, Confirmación y Orden Sacerdotal, que no pueden ser reiterados. Es el signo de pertenencia, de fidelidad. Nos hace pertenecientes a Dios (cf. CEC 698).

LA MANO



Mediante la imposición de las manos Jesús transmite el Espíritu, sana (cf. Mc 6,5; 8, 23) y bendice a los niños (cf. Mc 10,16). En el nombre de Jesús, los Apóstoles harán lo mismo: "...Entonces Pedro y Juan pusieron sus manos sobre ellos, y recibieron el Espíritu Santo". "Rezaron, ayunaron, les impusieron las manos y los enviaron". "Pablo puso sus manos sobre ellos, y recibieron el Espíritu Santo (Hch 8, 17-19; 13, 3; 19, 6). En la carta a los Hebreos, la imposición de las manos figura en el número de los "artículos fundamentales" de su enseñanza (cf. Hb 6, 2). La Iglesia ha conservado este símbolo en sus Epíclesis sacramentales (cf. CEC 699).

EL DEDO

El simbolismo del dedo es el menos conocido como representativo de la acción del Espíritu Santo, aunque no por ello de menor importancia. *"Por el dedo de Dios expulso yo (Jesús) los demonios"* (Lc 11, 20). La ley de Dios ha sido escrita en tablas de piedra *por el dedo de Dios* (Ex 31,18). El himno *Veni Creator* invoca al Espíritu Santo como *Digitus paternae dexterae* (dedo de la diestra del Padre) (cf. CEC 700).

Tomo 1 parte 2.indd 171 07-10-13 9:45

LA PALOMA

La paloma es el símbolo usado muchas veces en la iconografía cristiana para representar a la Persona del Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento, una paloma es mensajera de la reconciliación de Dios con la humanidad en tiempos de Noé, pues le lleva una rama fresca de olivo, signo del término del diluvio. En el Nuevo Testamento, esta reconciliación tiene lugar mediante el Bautismo: cuando Cristo salió del agua del río Jordán después de ser bautizado por Juan, el Espíritu Santo bajó y se posó sobre Él en forma de paloma. De igual modo, el Espíritu Santo desciende y se posa en el corazón purificado por el Bautismo, haciéndolo más fecundo, fértil y bueno (cf. CEC 701).

EL VIENTO

El viento es el símbolo central en Pentecostés, acontecimiento fundamental en la revelación del Espíritu Santo. El soplo del viento simboliza la fuerza del Espíritu Santo, que es el aire y el hálito de la nueva vida. En los textos bíblicos, y en otros, se suele representar al viento como a "alguien" que va y viene. Así lo hace Jesús al hablar con Nicodemo, cuando usa la imagen del viento para referirse a la persona del Espíritu Santo: "El viento sopla donde quiere, y oyes su voz pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del Espíritu" (Jn 3, 8).

Este símbolo empleado por Jesús pone de relieve la total espontaneidad y gratuidad de esta acción, por medio de la cual los hombres se hacen partícipes de la vida de Dios. El símbolo del viento expresa de un modo particular el dinamismo sobrenatural con que Dios se acerca a los hombres para transformarlos interiormente y santificarlos. Es invisible, sin dejar de ser eficaz. Nadie ve el viento, pero sus efectos son impresionantes. Todo lo penetra y lo impulsa, a veces con fuerza irresistible, otras veces como una suave brisa o un "soplo". Es la delicadeza del amor divino que actúa en nuestro interior, impulsándonos hacia el bien eterno.[2]

[2] *cf. Juan Pablo II, 17 de octubre de 1990*

Tomo 1 parte 2.indd 172 07-10-13 9:45

EL ESPÍRITU SANTO Y LA PALABRA DE DIOS EN EL TIEMPO DE LAS PROMESAS Y LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Desde el comienzo de la Creación y "hasta la plenitud de los tiempos", cuando Dios envíe a su Hijo, su Espíritu Santo siempre ha estado y estará presente. La misión de ambos es conjunta e inseparable. El Espíritu Santo es entendido en las Sagradas Escrituras como el poder Creador de toda vida. Todo lo vivifica, conserva y dirige hacia su salvación final (cf. CEC 702-703 -743).

Los profetas, es decir, los que fueron inspirados por el Espíritu Santo para hablar en nombre de Dios, anunciaron en el Antiguo Testamento que el Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva. Anunciaron también que el Señor reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos, que transformará a la primera creación y que Dios habitará en ella con los hombres, en paz (cf. CEC 715).

El último profeta del Antiguo Testamento es san Juan Bautista, a quien el Espíritu Santo mueve a vivir y a anunciarse como precursor del Señor. Anuncia la llegada de Cristo, hijo de Dios, la inminencia de la consolación de Israel. Es la "voz" del Consolador que llega (cf. Jn 1, 23). Juan vino como testigo a dar testimonio de la luz (Jn 1, 7). Juan es más que un profeta (cf. Lc 7, 26), en él, el Espíritu Santo termina de hablar por los profetas y finaliza así el ciclo inaugurado por Elías. El Espíritu Santo le da también la misión de predicar la conversión y el arrepentimiento de los pecados y de bautizar con agua, a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto (Lc 1, 17). Su bautismo era para el arrepentimiento y prefigura lo que el Espíritu realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la semejanza divina. El nuevo bautismo, en agua y en Espíritu, será un nuevo nacimiento (cf. CEC 719-720).

En la "plenitud de los tiempos", el Espíritu Santo prepara en María la venida de Cristo al Pueblo de Dios. María, la Santísima Madre de Dios, es la obra maestra de la misión del Hijo y del Espíritu Santo. Por primera vez y porque el Espíritu Santo la ha preparado, el Padre encuentra "morada", un hogar en donde su Hijo y su Espíritu pueden habitar entre los hombres. En Ella comienzan a manifestarse las "maravillas de Dios", que el Espíritu va a realizar en Cristo y en la Iglesia (cf. CEC 744; 721).

Según el plan de Dios, la partida de Cristo y, por tanto, su Pasión y Muerte Redentora son condición indispensable del "envío y de la venida" del Espíritu Santo. Cuando Cristo es glorificado, puede a su vez, junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en Él. En Pentecostés, el Espíritu Santo comunica su gloria a los que creen en Él. La misión conjunta y mutua se desplegará desde entonces en los hijos adoptados por el Padre (cf. CEC 690).

El Espíritu Santo, que Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico, derrama sobre sus miembros —es decir, sobre nosotros, su Iglesia—, construye, anima y santifica a la Iglesia. Ella es el sacramento de la comunión de la Santísima Trinidad con los hombres (cf. CEC 747).

Tomo 1 parte 2.indd 173 07-10-13 9:45

JESÚS ANUNCIA Y PROMETE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

Jesús no revela plenamente al Espíritu Santo hasta que Él mismo no ha sido glorificado por su Muerte y su Resurrección. Sin embargo, lo sugiere poco a poco, como cuando le habla a la muchedumbre (cf. Jn 6, 27. 51. 62-63), se lo sugiere a Nicodemo (cf. Jn 3, 5-8), a la samaritana (cf. Jn 4, 10. 14. 23-24) y a los que participaban en la fiesta de los Tabernáculos (cf. Jn 37-39). A sus discípulos les habla del Espíritu Santo abiertamente cuando les enseña acerca de la oración (cf. Lc 11, 13) y del testimonio que tendrán que dar (cf. Mt 10, 19-20; CEC 728).

Sólo cuando llega la hora en que va a ser glorificado, Jesús promete la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección serán el cumplimiento de la promesa hecha al pueblo de Israel. El Espíritu Santo será enviado por Dios Padre en virtud de la oración de Jesús y en su nombre. Jesús, que está junto al Padre, nos envía el Espíritu porque Él ha salido del Padre (cf. CEC 729).

El Espíritu Santo vendrá:

- ☆ y nosotros lo conoceremos;
- ☆ estará con nosotros para siempre;
- ☆ permanecerá con nosotros;
- ☆ nos lo enseñará todo;
- ☆ nos recordará todo lo que Cristo nos ha dicho;
- ☆ dará testimonio de Cristo;
- ☆ nos conducirá a la verdad completa;
- ☆ glorificará a Cristo;
- ☆ con su luz hará ver al mundo su pecado, la justicia y el buen juicio (cf. CEC 729).

Jesucristo revela el Espíritu y lo comunica a la Iglesia naciente al exhalar su aliento sobre los Apóstoles después de su Resurrección (cf. CCEC 143). Desde ese momento, la misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia (cf. CEC 730).

Tomo 1 parte 2.indd 174 07-10-13 9:45

PENTECOSTÉS

"Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe: adoramos la Trinidad indivisible porque ella nos ha salvado." [1]

La fiesta de Pentecostés era para los judíos, originariamente, la "fiesta de la cosecha", una fiesta agrícola (cf. Ex 34, 22). A fines del siglo I y principios del siglo II d.C. pasó a ser el día conmemorativo del establecimiento de la alianza en el Sinaí. Era una fiesta histórica que recordaba la promulgación de la ley del Sinaí.

Después de la Ascensión de Jesús a los Cielos y antes de Pentecostés, los Apóstoles se reunieron con María, la Madre de Jesús, y algunas mujeres y hombres: 120 en total, en el Cenáculo de Jerusalén. Allí permanecieron rezando en espera del cumplimiento de la promesa de Jesús, quien les había anunciado que cuando estuviera junto al Padre les enviaría el Espíritu Santo (cf. CEC 731).

[1] Liturgia bizantina, *Tropario de Vísperas de Pentecostés;*
empleado también en las liturgias eucarísticas después de la comunión.

Tomo 1 parte 2.indd 175 07-10-13 9:45

El día de Pentecostés, cincuenta días después de la Resurrección de Jesús, la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo. Ese día se manifestó en forma de lenguas de fuego que descendieron sobre los Apóstoles, la Virgen María y los discípulos y mediante otros signos exteriores tales como un viento impetuoso y la súbita valentía y capacidad de hablar en otras lenguas, que exhibieron sus discípulos ante el pueblo asombrado.

Todos estos elementos exteriores, viento, lenguas de fuego, etc., indicaban no sólo la presencia del Espíritu Santo sino también su particular venida sobre la primera comunidad, la cual provoca en ellos transformaciones visibles.

Las lenguas de fuego que se posan sobre cada uno de los que se hallaban reunidos en el Cenáculo indican que los discípulos quedan capacitados y fortalecidos para dar testimonio del Evangelio. El poder de hablar y comprender en lenguas extranjeras sugiere, junto con la lista de los pueblos mencionados en el relato, que la misión universal que se encarga a los discípulos pone fin a la confusión de lenguas surgida en Babilonia y que la humanidad dividida queda nuevamente unificada. Mediante la acción misionera, los pueblos se agruparán en un solo Pueblo de Dios (cf. CCA, pg. 241).

El acontecimiento de Pentecostés impulsa a los discípulos a superar definitivamente su actitud de desconfianza. La verdad de la Resurrección de Cristo penetra plenamente en sus mentes y conquista su voluntad. Por obra del Paráclito, los Apóstoles y los demás discípulos se transformaron en "hombres pascuales", creyentes y testigos de la Resurrección de Cristo. Desde ese día, anunciaron "las maravillas de Dios". El Espíritu Santo obró esta transformación interior con la fuerza de la "nueva vida" que Cristo manifiesta en su Resurrección y que ahora infunde en sus seguidores por medio del "nuevo Paráclito".[1]

Pentecostés es la coronación de la Trinidad divina en la historia humana. Ese día se revela plenamente la Santísima Trinidad (cf. CEC 731).

Los primeros en recibir los frutos de la Resurrección de Cristo fueron los Apóstoles, en compañía de María, la madre de Jesús, y otros hombres y mujeres discípulos del Señor. Para ellos, el día de Pentecostés es el día de la Resurrección espiritual, es decir, de la nueva vida en el Espíritu Santo.

En ese día se manifiesta plenamente la Santísima Trinidad. Desde entonces, el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en Él: en la humildad de la carne y en la fe participan ya en la Comunión de la Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el mundo entra en los "últimos tiempos", el tiempo de la Iglesia, el reino ya heredado, pero aún no consumado (cf. CEC 732).

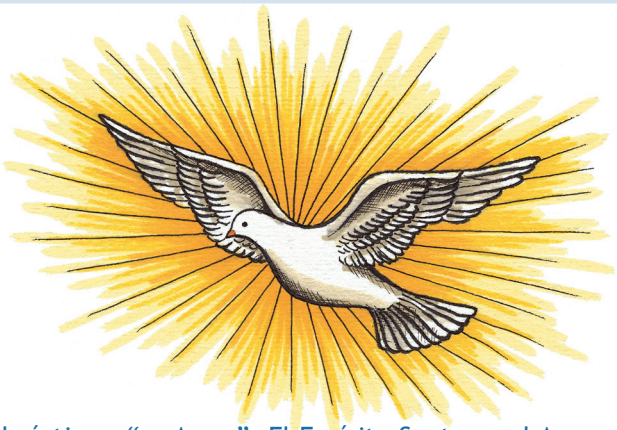
La Iglesia celebra la Solemnidad de Pentecostés, cincuenta días después de Pascua de Resurrección.

[1] cf. Juan Pablo II, 22 de julio de 1989

Tomo 1 parte 2.indd 176 07-10-13 9:45

EL ESPÍRITU SANTO, EL DON DE DIOS

"Ven, Espíritu Santo, llena el corazón de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor."



Dios, en su vida íntima, "es Amor". El Espíritu Santo es el Amor personal del Padre y del Hijo. Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios Uno y Trino se hace enteramente don, es decir, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios "existe" como don. El Espíritu Santo es la expresión personal de esta donación, de este ser-amor. Es Persona-amor, es Persona-don. [1]

El amor es el primer don de Dios, que contiene todos los demás dones. Dios lo ha derramado en los corazones por el Espíritu que se nos ha dado en el Bautismo. La fuente, el manantial del amor de Dios, es el Espíritu Santo. Puesto que todos hemos nacido heridos por el pecado original, el primer efecto del don del amor es el perdón de nuestros pecados. La comunión con el Espíritu Santo nos vuelve a dar a los bautizados la semejanza divina perdida por el pecado. Nos da la vida misma de la Santísima Trinidad, que es amar "como Él nos ha amado". Este amor es el principio de una vida nueva en Cristo, que se ha hecho posible porque se ha recibido una "fuerza", la del Espíritu Santo (cf. CEC 733-735).

Por la comunión con Dios, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos hace entrar en la comunión Trinitaria que nos lleva al Reino de los Cielos y a la adopción filial. Nos da la confianza de sabernos hijos de Dios, nos permite llamarlo "Padre" y nos da la seguridad de que es Él quien nos sostiene. El Espíritu Santo nos da la certeza de participar en la gracia de Cristo, de ser llamados hijos de la luz y de tener parte en la gloria eterna (cf. CEC 736).

Una amistad con Dios sólo es posible porque el amor ha sido infundido en nosotros. Dios nos eleva hasta su altura para que podamos entablar amistad con Él. Al recibir este don, toda la persona es invadida por el Amor, por un amor ferviente, un amor constante que nos hace percibir de manera casi continua la presencia de Dios. El impulso del amor buscará siempre a su Creador, a su Dios y Padre, pero este amor será lo suficientemente grande como para producir una transformación o conversión sólo si es encendido por el Espíritu Santo. Con nuestro esfuerzo personal sólo podemos prepararle el terreno.

[1] cf. Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem* 10

Tomo 1 parte 2.indd 177 07-10-13 9:45

EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA

"Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, el Espíritu Santo, nos hemos fundido entre nosotros y con Dios." [1]

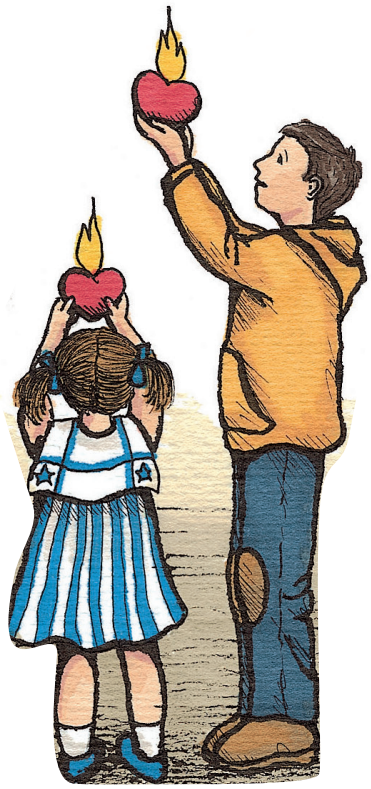
[1] San Cirilo de Alejandría. *Commentarius in Joannem* 12, pg. 74

Tomo 1 parte 2.indd 178 07-10-13 9:45

La misión de Cristo y del Espíritu Santo se realiza en la Iglesia. El Espíritu Santo construye, anima y santifica a la Iglesia (cf. CEC 747).

El Espíritu Santo prepara a los hombres con su gracia para atraerlos hacia Cristo. Les manifiesta al Señor Resucitado, les recuerda su Palabra y abre su mente para entender su Muerte y Resurrección. Les hace presente el Misterio de Cristo, especialmente en la Eucaristía, para reconciliarlos, para conducirlos a la comunión con Dios, para que den mucho fruto. La Iglesia ha sido enviada para anunciar y dar testimonio de Cristo, para actualizar y extender el Misterio de la comunión de la Santísima Trinidad (cf. CEC 737- 738).

Por medio de los sacramentos de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu y la gracia de Dios a los miembros de su Cuerpo. Estas "maravillas de Dios", ofrecidas a los creyentes en los sacramentos, producen sus frutos en la vida nueva en Cristo. Él mismo dará a cada uno lo que necesite para progresar en santidad. *"Nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables"* (Rm 8, 29). El Espíritu Santo es el artífice de las obras de Dios, es el Maestro de la oración (cf. CEC 740, 741; CCEC 146).



Tomo 1 parte 2.indd 179 07-10-13 9:45

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

" El Espíritu bueno me guíe por una tierra llana ."
Salmo 143, 10

La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Éstos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir con rapidez, seguridad y alegría los impulsos del Espíritu Santo (cf. CEC 1830).

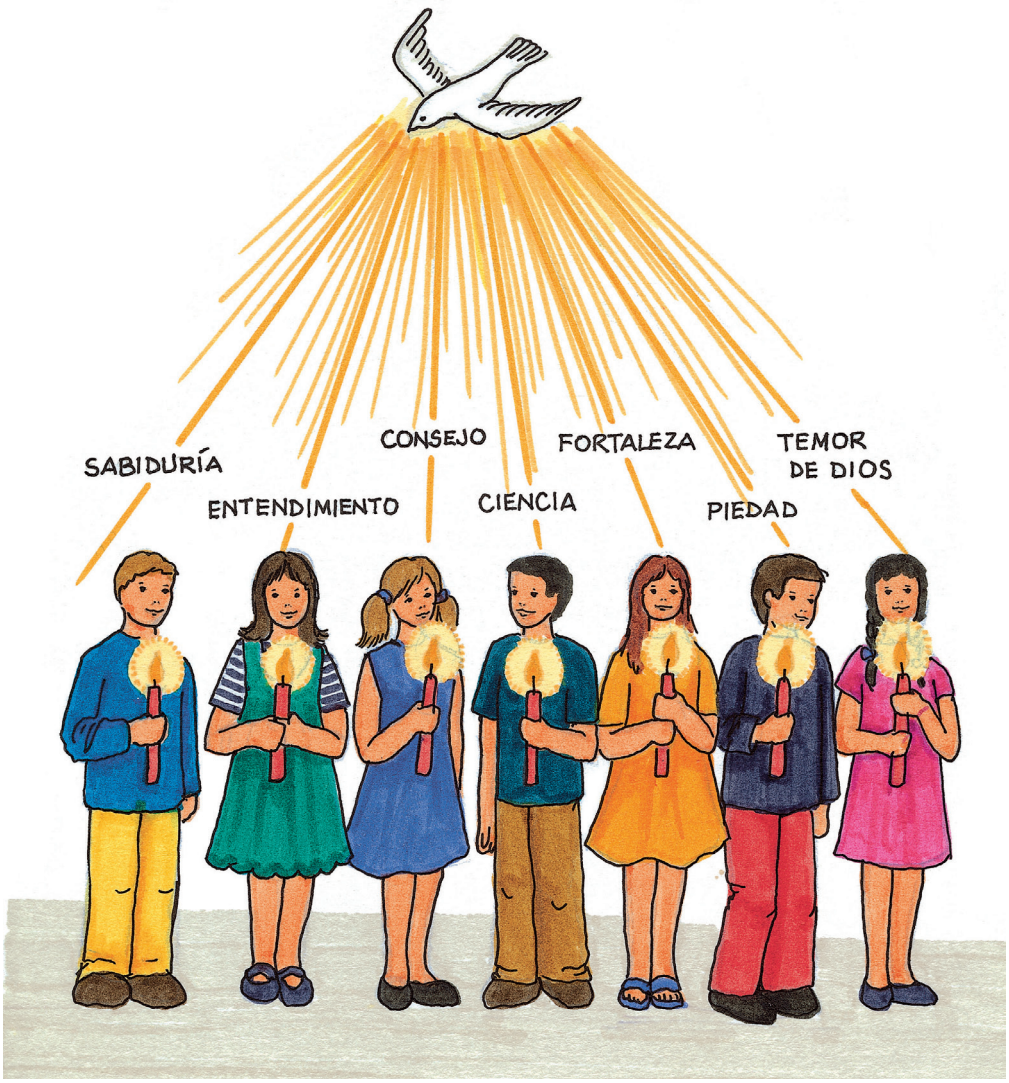
Todo lo que viene de Dios es don, tanto en el orden de la gracia como en el de la naturaleza y, más en general, en toda la Creación. El nombre de "dones del Espíritu Santo", en el lenguaje teológico y catequético, se reserva a las energías divinas que el Espíritu Santo infunde en el alma para perfeccionamiento de las virtudes sobrenaturales, con el fin de dar al espíritu humano la capacidad de actuar de modo divino.[1]

Una primera descripción y enumeración de estos dones se halla en el Antiguo Testamento y, precisamente, en el libro de Isaías (cf. Is 11, 2-3). En la Edad Media se clasificaron los siete dones tal como se conocen en la actualidad y, aun cuando no tienen un carácter dogmático absoluto, son de gran utilidad para comprender la multiplicidad de dones en Cristo y en los santos y para servir de cauce al buen ordenamiento de la vida espiritual.[2]

[1] cf. Juan Pablo II, 3 de abril de 1991
[2] *Íd.*

Tomo 1 parte 2.indd 180 07-10-13 9:45

Los siete dones: Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Fortaleza, Piedad, y Temor de Dios completan y llevan a la perfección las virtudes de quienes los reciben. Los dones perfeccionan las virtudes fundamentales de la vida cristiana, llamadas "teologales": fe, esperanza y caridad; y las "cardinales": prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas (cf. CEC 1831).



Por medio de estos dones, el Espíritu Santo "sopla", capta la totalidad de la persona, mueve e impulsa. Bajo este impulso, la inteligencia se ilumina, la voluntad se llena de piedad y de amor y el corazón se fortalece. Se convierte en nuestro guía que nos lleva espiritualmente hacia la vida sobrenatural.[3]

El alma, mediante la Sabiduría, ve; con la Inteligencia escruta; con el Consejo se orienta; con la Fortaleza actúa para la gloria de Dios; con la Ciencia lo reconoce en todo lo creado; con la Piedad le habla y se une a Él, adorándolo; con el Temor mantiene la debida distancia entre el Creador y la criatura y, sintiendo el deber de adorarlo, no quiere por ningún motivo disgustarlo.

[3] cf.Rotuolo, Dolindo. *Ven Espíritu Santo*. Italia, 1950 (1), pag.51

Tomo 1 parte 2.indd 181 07-10-13 9:45

El DON DE LA SABIDURÍA

Mediante el don de la Sabiduría, el Espíritu Santo nos hace conocer las verdades divinas en sus causas más altas, haciéndonos gustar y gozar de ellas. Aumenta la caridad y perfecciona todas las otras virtudes.

Este don realiza un cambio interior, pues nos hace felices en este mundo, nos hace conocer a Dios de una manera inefable. Un alma que tiene la luz de la fe cree y sabe que Dios es infinitamente bueno, pero no experimenta ni gusta de esta dulzura. En cambio, una persona que recibe el don de Sabiduría no sólo cree, sino que además gusta, experimenta y todo su corazón se sacia.

La Sabiduría comunica al alma un amor que comúnmente se llama fervor. Este amor es constante en el alma y domina todos los otros afectos y deseos naturales. El alma no tiene otra alegría que la gloria de Dios y no tiene otra tristeza que aquella ocasionada por el pecado. No busca sino trabajar y fatigarse por Él.

El mismo Espíritu Santo gobierna el alma dando tranquilidad a todas sus potencias: por la memoria le hace recordar siempre a Dios; por la inteligencia le hace ver nuevas perfecciones y maravillas del Señor y reafirma la voluntad con nuevas fuerzas. El Espíritu Santo regala la luz interior que permite conocer cómo actuar en cada momento para agradar a Dios.

El don de la Sabiduría no manifiesta inmediatamente su plena eficacia en quien lo recibe, pues requiere preparación del alma para recibirlo bien, y correspondencia para cultivarlo. El alma debe desear ardientemente este don y pedirlo orando mucho. La oración le atraerá este don y, una vez recibido, le hará crecer en él. [4]

Para cultivar el don de la Sabiduría es preciso tener el corazón puro. Jesús dijo: “Bienaventurados los puros de corazón pues ellos verán a Dios”.

[4] cf.Rotuolo, Dolindo. *Ven Espíritu Santo*. Italia, 1950 (1), pag.51

Tomo 1 parte 2.indd 182 07-10-13 9:45

EL DON DEL ENTENDIMIENTO

El don del Entendimiento es el don que, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, nos da una penetrante intuición de las verdades reveladas, sin revelarnos su misterio. Nos ayuda a entender mejor las verdades de nuestra fe. Santo Tomás enseña que este don nos hace penetrar en lo más íntimo de las verdades reveladas de diferentes maneras:

- Nos descubre la sustancia escondida bajo los accidentes. Por ejemplo, nos hace ver a Jesús bajo las especies eucarísticas. El alma advierte la presencia real de Jesús y, aunque no lo ve, está segura de que Él está allí por una profunda intuición de amor.

- Nos explica el sentido profundo de las palabras, escondido bajo el sentido literal de las Escrituras.

- Manifiesta el significado de los signos sensibles de los Sacramentos, no sólo con una ingeniosa intuición, sino también vitalmente. San Pablo nos muestra que el Bautismo por inmersión simboliza nuestra muerte al pecado y nuestra resurrección espiritual junto con Cristo.

- Para cultivar en el alma el don de Entendimiento, es necesaria una fe viva y sencilla que humildemente pida al Señor sus luces para entender mejor las verdades reveladas.[5]

[5] *Íd.*, pg. 30

Tomo 1 parte 2.indd 183 07-10-13 9:45

EL DON DE CONSEJO

- Con el don de Consejo es el Espíritu Santo quien habla a nuestro corazón y nos hace comprender en un momento lo que debemos hacer. Nos ayuda a saber lo que Dios quiere de nosotros y de los demás.

- Los mártires, siguiendo las promesas de Jesús, no contestaban a sus perseguidores según la prudencia humana sino siguiendo las inspiraciones del Espíritu Santo. Con este don, el alma tiene el seguro discernimiento de los medios a emplear para tener éxito en asuntos importantes. Conoce el camino a seguir y lo emprende animosamente, sin precipitar los acontecimientos, sabiendo esperar la hora de Dios.

- La ausencia de este don nos vuelve confusos en nuestros propósitos, precipitados en nuestras resoluciones, imprudentes en las palabras y temerosos en el actuar. El don de Consejo da al alma una luz sobrenatural que le hace distinguir si los movimientos de la razón o del corazón vienen de la naturaleza o de la gracia.[3]

[3] *Íd*, pg. 32.

Tomo 1 parte 2.indd 184 07-10-13 9:45

El DON DE LA FORTALEZA

- El don de la Fortaleza sostiene la voluntad y la hace pronta, activa y perseverante para cumplir con valentía lo que Dios quiere de nosotros, para permanecer firmes y decididos en el camino del bien. Es un impulso sobrenatural que da vigor al alma no sólo en momentos dramáticos, como el del martirio, sino también en las dificultades y tentaciones propias de toda vida humana, como, por ejemplo, en la lucha por vivir de acuerdo con nuestros principios; cuando debemos soportar ofensas y ataques injustos; en la perseverancia valiente, incluso en las incomprensiones y hostilidades, en la enfermedad o debilidad.[4]

- La fortaleza es un don del Espíritu Santo que da a la voluntad un impulso y una energía que la hacen capaz de sufrir alegre y valientemente y de realizar grandes cosas, superando todos los obstáculos. Este don del Espíritu Santo lleva al alma hacia lo alto. Reduce el pesimismo, vence las vacilaciones en el momento de decidir, los temores ante los obstáculos. Da resolución, alegría, certeza en el éxito, empuja a la acción y vuelve heroico en el sufrir, ya sean enfermedades físicas o tribulaciones morales.

- El don de la Fortaleza no es impulso, fuerza, coraje o estoicismo natural, es fuerza del Espíritu Santo e impulso de su amor que se manifiesta casi siempre en una naturaleza frágil y débil, muy diferente a la propia de un carácter intrépido, fuerte y resistente por naturaleza. El heroísmo sobrenatural, fruto del don de la Fortaleza, es calmado, manso, ponderado; sin el desequilibrio propio de un estado patológico, porque parte del impulso del amor infinito y su meta final es el infinito amor. Es siempre plácido y no se contrapone a la ley de la caridad.[5]

[4] cf. Juan Pablo II, 3 de abril de 1991
[5] cf. Rutuolo, Dolindo. *Ven Espíritu Santo*. Italia, 1950 (1), pgs. 36.

Tomo 1 parte 2.indd 185 07-10-13 9:45

El DON DE CIENCIA

El don de Ciencia es la capacidad sobrenatural de ver, juzgar y valorar rectamente el verdadero valor de las criaturas en su relación con el Creador. Es una gracia que Dios nos regala para saber distinguir entre lo verdadero y lo falso y para apreciar los bienes de la tierra de acuerdo con su valor ante los ojos de Dios.

El don de Ciencia nos abre los ojos para descubrir los verdaderos valores, la finalidad y el sentido de las cosas creadas y nos enseña a apreciarlas y utilizarlas en su relación con Dios y la Santidad.[9] Nos enseña cuáles son las cosas que nos ayudan a caminar hacia Dios.

El objeto del don de Ciencia es lo creado en cuanto nos conduce a Dios. Si miramos las cosas en su origen, nos dicen que provienen de Dios, quien las crea y conserva; si estudiamos su naturaleza, vemos en ella un reflejo de Dios; y, si consideramos su finalidad, vemos que consiste en llevarnos a Dios, que las cosas son como escalones que nos permiten subir hacia Él. El Espíritu Santo guía nuestra voluntad, inflama nuestro amor y a través de las cosas creadas nos hace sentir el deseo de lo eterno, de no quedarnos en lo creado sino desear a Dios por sobre todas las cosas.[10]

Este don nos hace ver también lo que corresponde a nuestra salvación y a la de los demás, orientando nuestros juicios y los movimientos de nuestra voluntad, hacia el camino de la perfección. Es necesario cultivar este don renovando nuestra fe y uniéndonos al Señor durante el día en nuestras actividades y en las relaciones con nuestros hermanos. [10]

[9] cf. Juan Pablo II, 3 de abril de 1991
[10] cf. Rutuolo, Dolindo. *Ven Espíritu Santo*. Italia, 1950 (1), pg. 42
[11] *Íd.*

Tomo 1 parte 2.indd 186 07-10-13 9:45

EL DON DE PIEDAD

Mediante este don el Espíritu Santo orienta el corazón del hombre hacia Dios con sentimientos, afectos, pensamientos y oraciones. El don de la Piedad alimenta una profunda confianza en Dios, nos hace experimentarlo como Padre providente y bueno, nos ayuda a profundizar y asimilar la unión con Cristo; hace fecundas las relaciones filiales con la Virgen María y con toda la Iglesia.

Cuando sopla el Espíritu e infunde el don de Piedad, se ama de todo corazón al prójimo. El don de Piedad impulsa a ser amables y bondadosos, a dar amor en abundancia.[12]

En los momentos de oscuridad, el alma no se perturba, se apoya en Dios y confía en Él y así le da una prueba de su fidelidad y amor. Mediante el don de Piedad el Espíritu Santo imprime en el alma un sentimiento de gran ternura ante la grandeza de Dios y de su amor. Este don vuelve al alma dulce y amable con su prójimo, pues el amor a Dios es inseparable del amor al prójimo.

Para cultivar el don de Piedad es necesario agradar al Padre Celestial a través de todos los actos ordinarios de nuestra vida, de modo que toda ella sea una plegaria, un acto de amor filial a Dios y de fraterna caridad hacia el prójimo.[13]

[12] cf. Juan Pablo II, 3 de abril de 1991
[13] cf. Rutuolo, Dolindo. *Ven Espíritu Santo*. Italia, 1950 (1), pgs. 44-47

Tomo 1 parte 2.indd 187 07-10-13 9:45

EL DON DEL TEMOR DE DIOS

El don del Temor de Dios infunde en el alma cristiana un sentido de profundo respeto por la ley de Dios y las exigencias que se derivan de ella para la conducta cristiana. Este don libera al hombre del "temor servil" y lo enriquece con el "temor filial", empapado de amor.[14] Asegura nuestro temor y reverencia a Dios (cf. CEC 1831). Nos ayuda a no ofender a Dios cuando flaquea nuestro amor.

Los principales efectos que el don del Temor de Dios produce en el alma son tres:

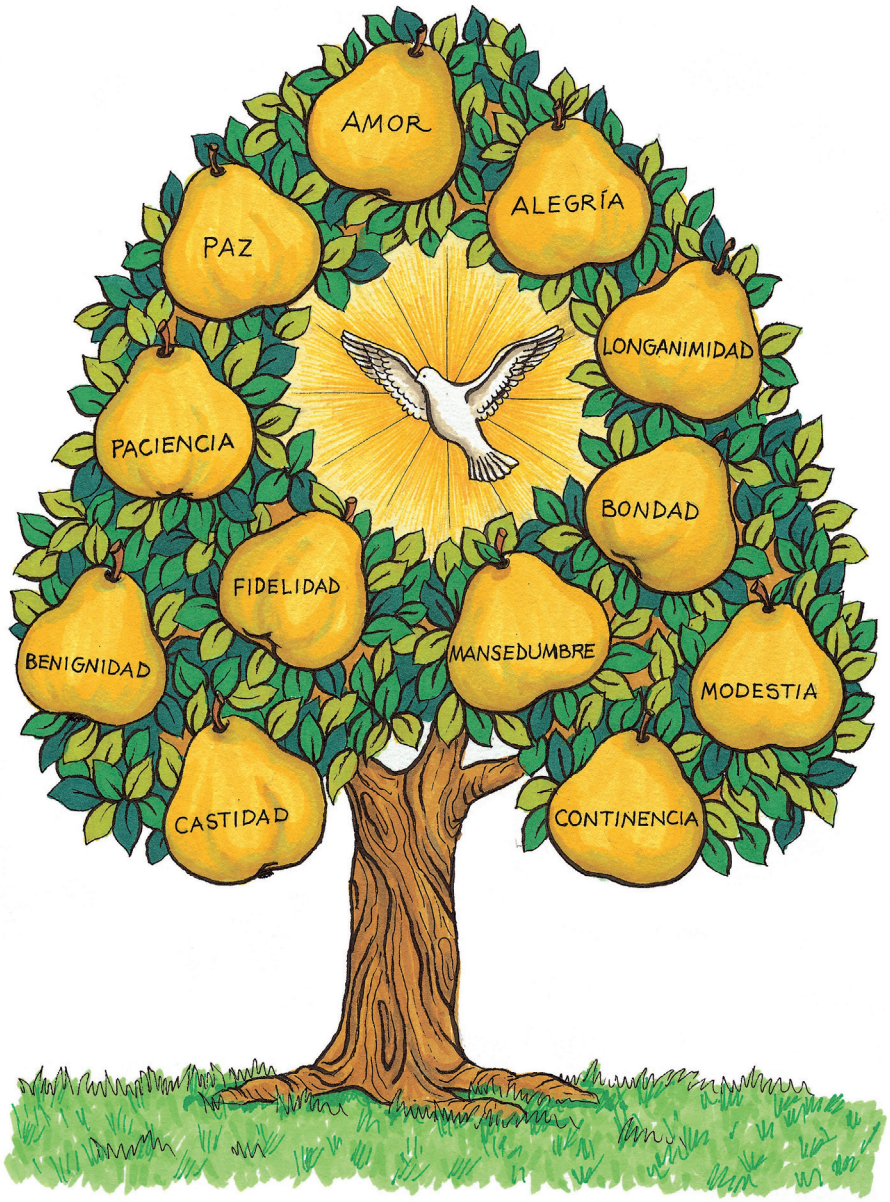
- conciencia de la grandeza de Dios y, por consiguiente, rechazo al pecado por pequeño que sea, pues lo ofende y nos separa de Él;
- contrición por las faltas y pecados cometidos y deseo de repararlos, porque han ofendido a un Dios infinitamente bueno;
- firmeza para evitar las ocasiones de pecado y deseo de conocer y cumplir en todo la Divina Voluntad.

La percepción que el alma tiene del pecado y de las faltas que ofenden a Dios, depende de la luz con la cual el Espíritu Santo la ilumina.[15]

[14] cf. Juan Pablo II, 3 de abril de 1991
[15] cf. Rutuolo, Dolindo. *Ven Espíritu Santo*. Italia, 1950 (1), pg. 49

Tomo 1 parte 2.indd 188 07-10-13 9:45

LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO



Los frutos del Espíritu Santo son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. San Pablo, en su Carta a los Gálatas, dice que los frutos que el Espíritu Santo regala a las personas que se dejan guiar por Él son los siguientes: caridad, alegría, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad (cf. Gál 5, 22-23; CEC 1832).

Tomo 1 parte 2.indd 189 07-10-13 9:45

En la vida espiritual la "conversión" profunda es obra del Espíritu Santo. Las acciones o actividades que despliega la persona impulsada por el Espíritu Santo se conocen también como frutos del Espíritu Santo:

El amor o caridad es el primero de los frutos del Espíritu Santo, fundamento y raíz de todos los demás. Siendo Él la infinita caridad, es decir, el Amor infinito, comunica al alma su llama, haciéndole amar a Dios con todo el corazón, con todas las fuerzas y con toda la mente, y al prójimo como a sí mismo por amor a Dios.[1]

La alegría es el fruto que surge espontáneamente de la caridad, tal como la luz emana del sol y el calor del fuego. Da al alma un gozo profundo, producto de la satisfacción por las victorias logradas sobre sí mismo y por haber hecho el bien. La alegría del Espíritu Santo es diferente de la que el mundo ofrece: es libertad del espíritu y no depende de los sentidos.[2]

La paz es el fruto que permite la tranquilidad o armonía con Dios. Es el reposo en Dios. La verdadera alegría lleva en sí la paz, que es la tranquilidad y seguridad de estar en gracia de Dios. Y la paz del Señor supera todo goce de los sentidos, pues, como dice san Pablo (cf. Flp 4, 7), es una alegría superior a todos los goces que ofrece el mundo.[3]

La paciencia nos permite soportar, por amor a Dios, los sufrimientos físicos y morales y las situaciones y personas difíciles. Por ser la vida una permanente lucha contra las fuerzas del mundo, es necesaria mucha paciencia para superar las turbaciones que estas luchas producen en nosotros. La paciencia hace soportar las adversidades por amor a Dios o por profunda caridad para con el prójimo.[4]

[1] cf. Rutuolo, Dolindo. *Ven Espíritu Santo*. Italia, 1950 (1), pg. 64
[2] *Íd.*, pg. 66
[3] *Íd.*
[4] *Íd.*

Tomo 1 parte 2.indd 190 07-10-13 9:46

La longanimidad da amplitud de vista y generosidad; permite esperar la hora de la Divina Providencia cuando cree que se retrasa el cumplimiento de sus designios y ser bondadosos y pacientes con el prójimo. Longanimidad es lo mismo que coraje, es la capacidad de tener gran ánimo en las dificultades que se oponen al bien, es un ánimo sobrenaturalmente grande para concebir y ejecutar las obras de la verdad. Quien es longánimo se fía en Dios, se abandona en Dios, va siempre adelante con la ayuda de la gracia divina.[5]

La bondad es el efecto de la unión del alma con Dios, que es bondad infinita. Es hacer el bien con amor y ayudar en el dolor, a imitación de Jesucristo.[6]

La benignidad se manifiesta en una constante disposición a hablar, responder y actuar con afabilidad. La benignidad vuelve amables las palabras y el trato. El alma benigna es inteligente porque considera a las personas y a las cosas con equilibrado discernimiento y no ofende; suaviza los ángulos, manifiesta siempre una afectuosa simpatía, una gracia y una gentileza sencilla, espontánea, suave.[7]

La mansedumbre lleva a no alterarse o irritarse. A no actuar con brusquedad ni aspereza. La mansedumbre se opone a la ira y al rencor. La mansedumbre vence y domina el desorden de los propios nervios, nos hace agradables en el trato, fáciles de conducir, tranquilos en el padecer. Es un fruto que debe ser cultivado habituándose a no actuar con violencia sino con humildad, compasión y paciencia.[8]

[5] *Íd.*, pg. 70
[6] *Íd.*, pg. 69
[7] *Íd.*, pg. 71
[8] *Íd.*, pg. 68

Tomo 1 parte 2.indd 191 07-10-13 9:46

La fidelidad lleva a una plena y definitiva adhesión a Dios y con quienes estamos comprometidos. Fidelidad es veracidad en las promesas. Nos hace mantener la palabra dada, los compromisos asumidos, los contratos estipulados. La fidelidad es una virtud que glorifica a Dios, que es verdad.[9]

La modestia es una virtud que ordena y dispone bien nuestro exterior, de modo que refleje lo mejor posible el orden interno y la belleza espiritual. La modestia regula la manera apropiada y conveniente en el vestir, en el hablar, en el caminar, en el reír, en el jugar. La cortesía y los buenos modales son parte de la modestia: el vestido, la sonrisa y el andar de un hombre lo dan a conocer.[10]

La continencia es el fruto del Espíritu Santo que mantiene el orden en el interior del hombre. Contiene en sus justos límites la concupiscencia, no sólo en los placeres sensuales sino también en lo que concierne al comer, beber, dormir, divertirse y en los otros placeres de la vida material. Es el fruto que cambia a los hombres, dándoles fuerza para resistir a la fascinación de los placeres sensuales y llevarlos a la paz de la pureza.[11]

La castidad es la victoria conseguida sobre la carne y que hace del cristiano templo vivo del Espíritu Santo. El fruto de la castidad es la serenidad, la mirada limpia, las palabras dulces por su pureza, bondad y amabilidad. En el alma casta, el Espíritu Santo cumple su admirable tarea de elevar al hombre a Dios mediante su gracia, sus dones y sus frutos.[12]

[9] *Íd.*, pg. 72
[10] *Íd.*, pg. 73
[11] *Íd.*, pg. 74
[12] *Íd.*, pg. 75

Tomo 1 parte 2.indd 192 07-10-13 9:46

CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA

"Sintamos con la Iglesia, amemos con la Iglesia, cooperemos con la Iglesia. Seamos sus hijos más santos, más fieles, más activos."

Beato Santiago Alberione.

Tomo 1 parte 2.indd 193 07-10-13 9:46

LA IGLESIA EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

"La Iglesia es el pueblo que Dios convoca y reúne desde todos los confines de la tierra, para construir la asamblea de todos aquellos que han sido hechos hijos de Dios por la fe y el Bautismo." [1]

La palabra "Iglesia" —*Ekklesía*—, que en griego quiere decir "llamar desde fuera hacia adentro", significa "convocación". Iglesia es el término utilizado en el Antiguo Testamento para designar a la asamblea del pueblo elegido en la presencia de Dios. Expresa el llamado que Dios ha hecho a todos los hombres en su Hijo Jesús para formar la "convocación santa" de los últimos tiempos (cf. 1Co 1,2; Rm 1,7) y un pueblo que peregrina hacia el encuentro definitivo con Dios en la gloria del Cielo (cf. CEC 751).

[1] cf. CCEC 147

Tomo 1 parte 2.indd 194 07-10-13 9:46

La Iglesia surge como un designio nacido en el corazón del Padre. El Padre Eterno decidió elevar a los hombres a la participación divina a la cual llama a todos en su Hijo Jesús. Llama al hombre no como individuo aislado, sino como ser creado, y creado en comunidad y que sólo en comunidad se realizará. Esta "familia de Dios" se constituye y se realiza gradualmente a lo largo de las etapas de la historia humana (cf. CEC 758- 759; LG 9; GS 32).

La preparación de la reunión del Pueblo de Dios comienza con la vocación de Abraham. Dios establece una Alianza con él, prometiéndole hacerlo padre de un gran pueblo (cf. Gn 12, 2; 15, 5-6). Ese pueblo era anuncio y figura de la Iglesia. Le prometió una descendencia numerosa, una Tierra y Su amistad. Abraham creyó firmemente en Dios y por su gran fe es llamado Padre de los creyentes (cf. CEC 762).

Esta preparación se afirma verdaderamente con la elección de Israel para ser pueblo y heredad de Dios. Israel debe ser signo de la reunión futura de todas las naciones. Sin embargo, los profetas acusan a Israel de haber roto la Alianza y haber sido infiel. Los profetas anuncian una nueva Alianza por la que Dios elegirá para sí un pueblo nuevo (cf. CEC 762).

Esta nueva Alianza fue instituida por Cristo y la primera comunidad cristiana se da a sí misma el nombre de Iglesia, ya que se reconoce heredera del pueblo elegido. En ella, Dios convoca a su pueblo desde todos los confines de la tierra.

En la Sagrada Escritura encontramos muchas imágenes que ponen de relieve aspectos del misterio de la Iglesia. El Antiguo Testamento prefiere imágenes ligadas al *Pueblo de Dios*; el Nuevo Testamento, a aquellas vinculadas a Cristo como Cabeza de este Pueblo, que es su Cuerpo, e imágenes sacadas de la vida pastoril (redil, grey, ovejas), agrícola (campo, olivo, viña), de la construcción (morada, piedra, templo) y familiar (esposa, madre, familia) (cf. CCEC 148).

Tomo 1 parte 2.indd 195 07-10-13 9:46

LA IGLESIA INSTITUIDA POR JESUCRISTO

La Iglesia surgió de la herida del costado de Jesús.[1]

A Jesucristo le corresponde realizar el plan de Salvación de su Padre en la plenitud de los tiempos. Ése es el motivo de su misión. Jesús comenzó su Iglesia predicando y anunciando la Buena Noticia. Para cumplir la voluntad del Padre, Cristo inauguró el Reino de los Cielos en la tierra: *"El tiempo está cumplido y se acerca el Reino de Dios"* (Mc 1,15). Cristo da inicio a la Iglesia predicando el Reino; ésta fue fundada por las palabras y las acciones de Jesucristo (cf. CEC 763).

Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo. Acoger la Palabra de Jesús es acoger al Reino. Los que se convocan en torno a Jesús forman una verdadera familia, en la cual Él les enseña una nueva manera de vivir y de orar (cf. CEC 764).

Jesús formó una comunidad de Doce Apóstoles con Pedro a la cabeza, (Pedro, Andrés, Santiago el Mayor, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Judas Tadeo, Santiago el Menor, Simón Cananeo, Judas Iscariote —el traidor, quien después fue reemplazado por Matías), comunidad que fue el cimiento de la nueva Jerusalén y que junto a los otros discípulos participa en la misión de preparar y edificar la Iglesia. El número doce no es casual: los doce representan a las doce tribus de Israel (cf. Mt 19, 28; Lc 22, 30; CEC 765).

La Iglesia nace de la entrega total de Cristo por nuestra salvación. Anticipó esta entrega en la institución de la Eucaristía y la realizó en la Cruz muriendo por cada uno de nosotros. El agua y la sangre que brotaron del costado abierto de Jesús crucificado son signo del comienzo y crecimiento de la Iglesia. La Iglesia nació del corazón traspasado de Cristo muerto en la Cruz (cf. CEC 765-766).

[1] cf. SC 5

Tomo 1 parte 2.indd 196 07-10-13 9:46

LA IGLESIA MANIFESTADA POR EL ESPÍRITU SANTO EN PENTECOSTÉS

" Que tu Iglesia quede inundada de tu amor, Señor." [2]

Con el envío del Espíritu Santo el día de Pentecostés, la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud y así fue como se inició la difusión del Evangelio entre los pueblos mediante la predicación (cf. CEC 767; AG 4).

Al ser la Iglesia "convocación" de todos los hombres a la Salvación, es, por su naturaleza, misionera. La Iglesia recibe la misión de Cristo Jesús de anunciar y establecer su Reino en todos los pueblos y hacer de ellos discípulos suyos. La Iglesia, por lo tanto, constituye el germen y el inicio del Reino de Dios en la tierra (cf CEC 767-768; CCEC 150).

Para realizar su misión, el Espíritu Santo construye y dirige la Iglesia otorgándole diversos dones. Es así como ella anuncia el Reino de Dios, guardando fielmente sus mandamientos del amor, la humildad y la renuncia. Sin embargo, sólo llegará a su perfección en la gloria del Cielo, cuando Cristo vuelva glorioso. Sólo ese día todos sus hijos se reunirán con el Padre en la Iglesia universal (cf. CEC 768- 769; LG 48).

Aquí en el mundo, la Iglesia se sabe en el exilio, lejos del Señor, y espera y desea con todas sus fuerzas reunirse con su Rey en la gloria. Hasta ese día, avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. La consumación de la Iglesia en la gloria no sucederá sin grandes pruebas (cf. CEC 769; LG 6- 8).

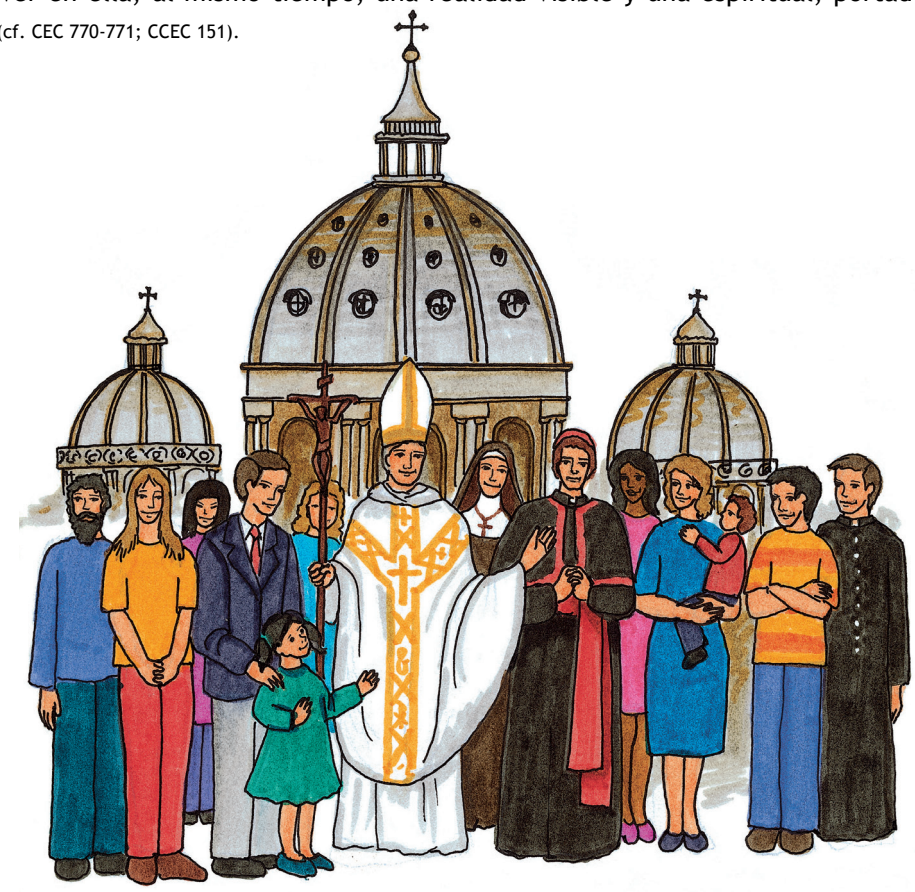
[2] cf. Urtasun, Cornelio.*Oraciones del Misal* , 1995, Barcelona, pg 321

Tomo 1 parte 2.indd 197 07-10-13 9:46

EL MISTERIO DE LA IGLESIA

" Una tienda terrena y un palacio celestial."
San Bernardo de Claraval

La Iglesia es a la vez una realidad visible y espiritual, sociedad jerárquica y Cuerpo Místico de Cristo. Cristo estableció esta comunidad de fe, esperanza y amor como un organismo visible y comunica por medio de ella la verdad y la gracia. Sólo con los ojos de la fe se puede ver en ella, al mismo tiempo, una realidad visible y una espiritual, portadora de vida divina (cf. CEC 770-771; CCEC 151).



La Iglesia es el misterio de la unión de los hombres con Dios. En ella, Cristo realiza y revela su misión redentora según el designio de Dios. Cristo es el Misterio de Salvación: Él nos salva, y se manifiesta y actúa en los sacramentos de la Iglesia. Estos sacramentos son: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Reconciliación, Unción de los enfermos, Matrimonio y Orden Sacerdotal.

Los sacramentos son los signos y los instrumentos mediante los cuales el Espíritu Santo distribuye la gracia de Cristo. La Iglesia contiene y comunica a los hombres la gracia invisible; por ello, la Iglesia es, en este mundo, el sacramento de la Salvación, el signo y el instrumento de la reconciliación y la comunión de toda la humanidad con Dios, así como también de la unidad de todo el género humano (cf. CEC 774; 780).

Tomo 1 parte 2.indd 198 07-10-13 9:46

LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS

"Su misión es ser sal de la tierra y luz del mundo."
Mateo 5,13-16

La Iglesia es el pueblo de Dios pues Él quiso santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sino constituyéndolos en un solo pueblo, reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cf. CCEC 153).

Tomo 1 parte 2.indd 199 07-10-13 9:46

Características del Pueblo de Dios:

El Pueblo de Dios tiene características que lo distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales:

- no pertenece en propiedad a ningún pueblo;
- se llega a ser miembro de este Pueblo de Dios por la fe en Cristo y el Bautismo;
- tiene por cabeza a Jesucristo y está unido por la fuerza del Espíritu Santo;
- se caracteriza e identifica por la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo, como en un templo;
- su ley es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo nos amó. Ésta es la ley "nueva" del Espíritu Santo;
- su misión es ser sal de la tierra y luz del mundo. Nuestra misión como Pueblo de Dios es ser esperanza, unión y salvación para todos los hombres;
- en cuanto Pueblo de Dios, nuestro destino es el Reino de Dios, Reino que Jesús comenzó en este mundo y que debe ser extendido hasta que Dios mismo lo lleve a su perfección (cf. CEC 782).

Tomo 1 parte 2.indd 200 07-10-13 9:46

EL PUEBLO DE DIOS ES SACERDOTAL, PROFÉTICO Y REAL

"Ustedes, son descendencia elegida, reino de sacerdotes, y nación santa, pueblo adquirido para anunciar las grandezas."

1 Pedro 2, 9

Jesucristo es ungido por el Padre y el Espíritu Santo y ha sido constituido "Sacerdote, Profeta y Rey".

- Sacerdote, como mediador entre Dios y los hombres.
- Profeta, porque Él es la Palabra de Dios a los hombres.
- Rey, porque reina desde el servicio y la entrega en la cruz, desde donde venció la esclavitud del pecado. Reina guiando por ese camino a los cristianos y a todos los hombres hacia su patria definitiva: el Cielo (cf. CEC 783).

Tomo 1 parte 2.indd 201 07-10-13 9:46

Todo el Pueblo de Dios, por la fe y el Bautismo, participa de la vocación sacerdotal, profética y regia de Cristo. Todos sus miembros tenemos la responsabilidad de cumplir con la misión y entregar los servicios que nacen de esta vocación (cf. CEC 784).

★ **Por el sacerdocio común de los fieles,** hemos sido llamados a hacer de nuestras vidas una ofrenda permanente, a realizar sacrificios espirituales, a asistir a la Eucaristía, a recibir los sacramentos, a vivir en oración y acción de gracias, a llevar una vida santa de abnegación y caridad y a entregar nuestras vidas al Señor (cf. CEC 784; 901; LG 10, Rm 12, 1-3).

★ **Por la vocación profética,** estamos llamados a creer en Cristo Jesús y a unirnos a Él. También a profundizar en la fe, a ser sus testigos y a anunciarlo en medio del mundo (cf. CEC 785).

★ **Por la vocación regia,** estamos llamados a reinar como Cristo reinó, haciéndonos servidores de todos, especialmente de los pobres y de los que sufren. El cristiano reinará si acoge la gracia de Dios en su corazón, esforzándose en librarse del pecado y usando esa libertad para servir a los demás, especialmente a los más necesitados (cf. CEC 786).

Tomo 1 parte 2.indd 202 07-10-13 9:46

LA IGLESIA, CUERPO DE CRISTO

"Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él."
Juan 6, 56

La Iglesia es un cuerpo con Cristo. San Pablo explica a sus discípulos lo siguiente: la Iglesia es un cuerpo compuesto por muchos miembros distintos, que se necesitan mutuamente y que deben mantenerse en armonía. Si un miembro sufre, todos sufren; y si uno está bien, todos gozan con él (cf. Ef 1, 22-23).

Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida, les reveló el Misterio de su Reino, les dio parte en su misión, en sus alegrías y sufrimientos. Jesús anuncia una comunión misteriosa entre Él y los que le siguen (cf. CEC 787).

La Iglesia es cuerpo de Cristo por medio del Espíritu Santo. Cristo es la Cabeza de este cuerpo, que es la Iglesia. La Iglesia vive de Él, en Él y por Él. Somos integrados en los misterios de su vida, nos unimos a sus sufrimientos, sufrimos con Él para ser glorificados con Él. Cristo nos hace crecer hacia Él y, para ello, distribuye en su Iglesia los dones y los servicios mediante los cuales nos permite avanzar en el camino de la Salvación (cf. CEC 792-795; 807).

La vida de Cristo se comunica a los creyentes por medio de los sacramentos, de una manera misteriosa pero real. Por el Espíritu Santo y su acción en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, Cristo se entrega y une a toda la comunidad (cf. CEC 790; 805).

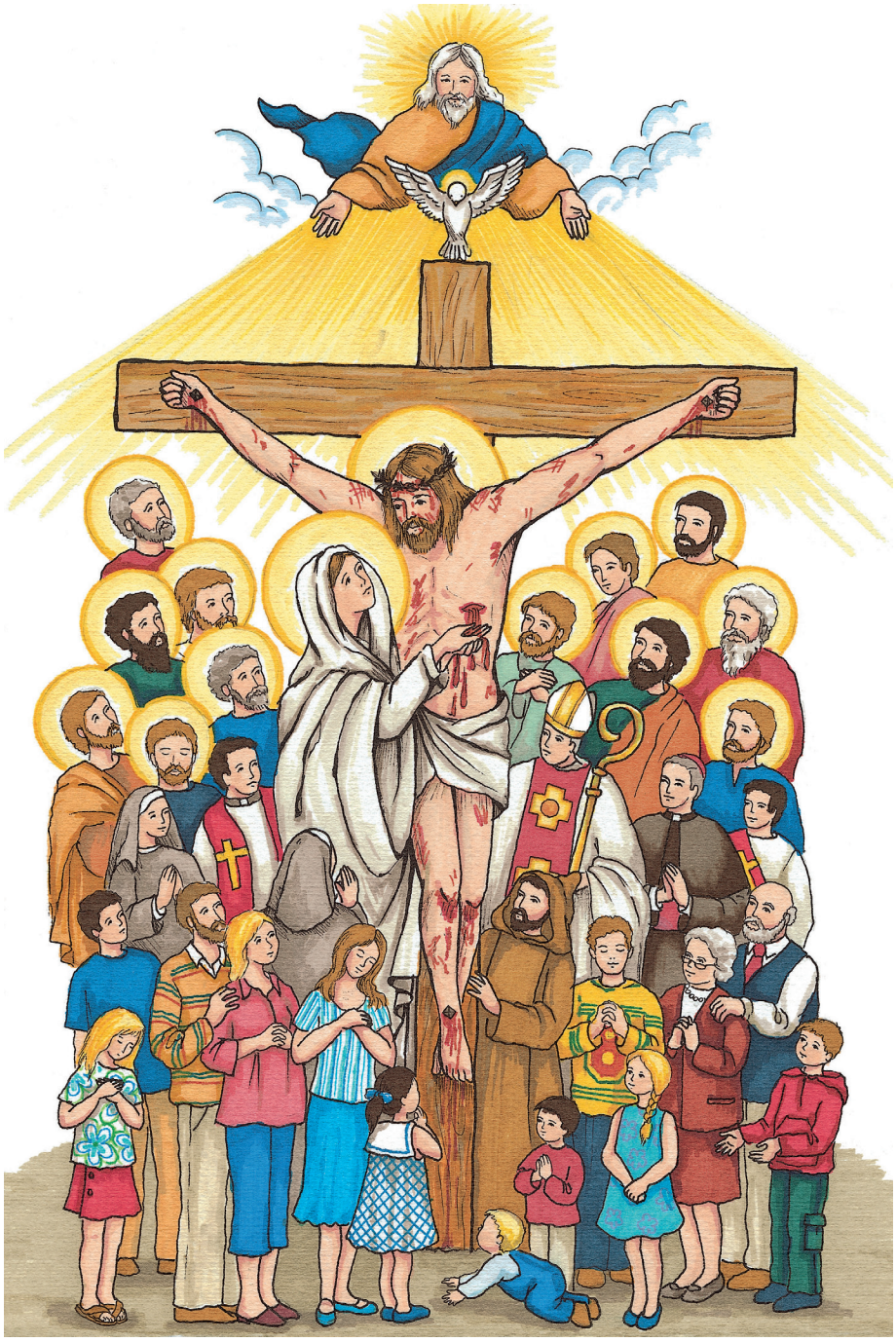
En la unidad de este Cuerpo hay diversidad de miembros y de funciones, por lo que el Espíritu Santo distribuye sus diversos dones según sea necesario para el bien de toda la Iglesia.

La unidad del Cuerpo Místico estimula en los fieles la caridad, pues todos sus miembros están invitados a unirse unos a otros, particularmente a los que sufren, a los pobres y perseguidos (cf. CEC 791; 806).

Tomo 1 parte 2.indd 203 07-10-13 9:46

LA IGLESIA, ESPOSA DE CRISTO

La unidad de Cristo y de la Iglesia implica una relación personal entre ambos. Este aspecto es expresado con la imagen del esposo y de la esposa. El Señor se designó a sí mismo como el esposo y a la Iglesia y a cada fiel, como una esposa. Él ama a la Iglesia y se ha entregado por ella, y la ha purificado y santificado por medio de su sangre; ha hecho de ella la Madre fecunda de todos los hijos de Dios (cf. CEC 796; 808).



Tomo 1 parte 2.indd 204 07-10-13 9:46

LA IGLESIA, TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO

"Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos."
Mateo 18, 20

En el mundo antiguo, el templo era el lugar donde se encontraba la presencia activa de Dios. En el Nuevo Testamento se describe a la Iglesia, o a la comunidad concreta, como templo, como lugar donde se manifiesta la presencia de Dios y de Jesucristo. Jesús dice: "donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20). La Iglesia no es, por tanto, un edificio de piedras muertas sino un edificio espiritual del cual cada uno de nosotros es una piedra viva y cuya piedra angular es Jesucristo. (cf. 1Pe 2, 4-5; CCA pg. 302).

Tomo 1 parte 2.indd 205 07-10-13 9:46

La Iglesia es Templo del Espíritu Santo porque el Espíritu Santo vive en el cuerpo que es la Iglesia, tanto en su Cabeza como en sus miembros (cf. CCEC 159).

San Agustín explica: "lo que nuestra alma es para nuestro cuerpo, eso mismo es el Espíritu Santo para el Cuerpo de Cristo, que es su Iglesia" (cf. CEC 797).

El Espíritu Santo une íntimamente todas las partes del Cuerpo, tanto entre sí como con su Cabeza, nuestro Señor. Él es el principio de vida, de la unidad en la diversidad y de la riqueza de sus dones y carismas (cf. CEC 797).

El Espíritu Santo es quien acompaña, guía, santifica y anima la vida sobrenatural de la Iglesia en la tierra. Actúa de múltiples maneras:

- en la caridad;
- por medio de la Palabra de Dios;
- por medio del Bautismo, mediante el cual forma el Cuerpo de Cristo;
- por los sacramentos, que nos hacen crecer y nos sanan;
- por la gracia misionera que dio a los Apóstoles;
- por las virtudes, que hacen obrar según el bien;
- por la fecundidad de sus dones y frutos;
- por medio de los carismas. Los carismas son dones especiales del Espíritu Santo concedidos a cada persona para el bien de todos, por las necesidades del mundo y, en particular, para la edificación de la Iglesia (cf. CEC 798; CCEC 160).

Tomo 1 parte 2.indd 206 07-10-13 9:46

LA IGLESIA ES UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA

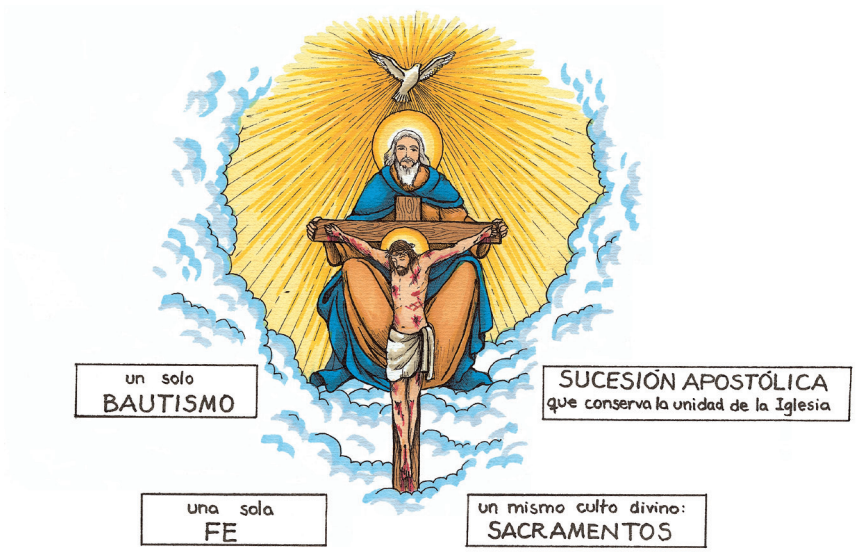
La Iglesia de Cristo es una, santa, católica y apostólica. Estos cuatro atributos, inseparablemente unidos entre sí, indican los rasgos esenciales de la Iglesia y de su misión. Cristo es quien, por el Espíritu Santo, da a la Iglesia estos atributos y también es Él quien la llama a ejercitar cada una de estas cualidades (cf. CEC 811).

Tomo 1 parte 2.indd 207 07-10-13 9:46

LA IGLESIA ES UNA

"Para que todos sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en Ti; que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado."

Juan 17, 21-22.



La Iglesia es una:

- Debido a su origen: tiene como origen y modelo la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo (cf. CEC 813);
- Porque tiene un fundador, Jesucristo, que reestablece la unidad de todos los pueblos en un solo cuerpo (cf. CCEC 161);
- Porque tiene como alma al Espíritu Santo, que une a todos los fieles en la comunión con Cristo (cf. CCEC 161);
- Porque tiene una sola fe recibida de los Apóstoles (cf. CCEC 161);
- Porque tiene una sola vida sacramental (cf. CCEC 161);
- Porque tiene una única sucesión apostólica (cf. CCEC 161);
- Porque tiene una común esperanza y la misma caridad (cf. CCEC 161).

Tomo 1 parte 2.indd 208 07-10-13 9:46

LA IGLESIA ES SANTA

"Sean santos, porque yo soy santo."
1 Jn 3, 3

Cristo amó a su Iglesia como a su esposa. Él se entregó a ella para santificarla, la unió a sí mismo como a su propio cuerpo y la llenó del don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Jesucristo, *el Santo de Dios*, se entregó a su Iglesia para hacerla santa e inmaculada (cf. LG 39; CEC 823).

La Iglesia es santa porque:

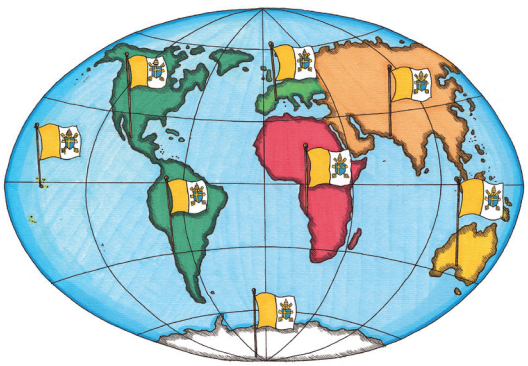
- Dios es su autor;
- Cristo se entregó por ella para santificarla y hacerla santificante;
- el Espíritu Santo la santifica con su amor;
- se esfuerza en conseguir la santificación de los hombres y la glorificación de Dios;
- en ella se encuentran todos los medios de salvación, y es en ella donde conseguimos la santidad, por la gracia de Dios;
- la caridad es el alma de la santidad a la que todos estamos llamados. El amor dirige todos los medios de santificación, los informa y los lleva a su fin (cf. CCEC 165; CEC 824- 826).
- en la Iglesia, la santidad es la vocación de cada uno de sus miembros y el fin de toda su actividad. Para ayudarnos a cumplir con esta vocación, cuenta en su seno con la Virgen María e innumerables santos que nos sirven de modelo e interceden por nosotros (cf. CCEC 165).
- la Iglesia, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta, porque también está compuesta por pecadores. Por eso, decimos que, aun siendo la Iglesia santa, siempre está necesitada de purificación y que busca sin cesar la conversión y la renovación (cf. CEC 827).

Tomo 1 parte 2.indd 209 07-10-13 9:46

LA IGLESIA ES CATÓLICA

"Allí donde está Cristo Jesús, está la Iglesia Católica."
San Ignacio de Antioquia

La palabra "católica" significa "universal" en el sentido de "totalidad". La Iglesia es católica porque ha sido enviada por Cristo a anunciar la totalidad y la integridad de la fe (cf. CEC 868).



La Iglesia lleva en sí y administra la plenitud de los medios de salvación a todos los pueblos y a todos los hombres de todos los tiempos y culturas. Ella es, por su naturaleza, misionera (cf. CEC 868).

Pertenece a la Iglesia Católica todo aquel que tenga el Espíritu de Cristo y que se encuentre unido a ella por la profesión de fe —el Credo—, por los sacramentos, su obispo y el Santo Padre (cf. CCEC 167).

Los bautizados que no realizan plenamente dicha unidad católica están en una cierta comunión, aunque imperfecta, con la Iglesia Católica (cf. CCEC 168).

La afirmación "fuera de la Iglesia no hay salvación" significa que toda salvación viene de Cristo por medio de la Iglesia. Por lo tanto, no pueden salvarse quienes, conociendo la Iglesia como fundada por Cristo y necesaria para la Salvación, no entran en ella y no perseveran en ella. Al mismo tiempo, gracias a Cristo y a la Iglesia, pueden alcanzar la salvación eterna todos aquellos que, sin culpa alguna, ignoran el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan sinceramente a Dios y, bajo el influjo de la gracia, se esfuerzan en cumplir su voluntad, conocida mediante el dictamen de la conciencia (cf. CCEC 171).

La Iglesia Católica se reconoce en relación con el pueblo judío por el hecho de que Dios eligió a este pueblo, antes que a ningún otro, para que acogiera su Palabra. Al pueblo judío pertenece "la adopción como hijos, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, los patriarcas; y de este pueblo procede Cristo según la carne" (Rm 9, 4-5). A diferencia de las otras religiones no cristianas, la fe judía es ya una respuesta a la Revelación de Dios en la Antigua Alianza (cf. CCEC 169).

El vínculo entre la Iglesia Católica y las religiones no cristianas proviene, ante todo, del origen y el fin comunes a todo el género humano. La Iglesia Católica reconoce que cuanto de bueno y de verdadero se encuentra en las otras religiones viene de Dios, es reflejo de su verdad, puede preparar la acogida del Evangelio y conducir hacia la unidad de la humanidad en la Iglesia de Cristo (cf. CCEC 170).

Tomo 1 parte 2.indd 210 07-10-13 9:46

LA IGLESIA ES APOSTÓLICA

"Como el Padre me ha enviado, así también yo los envío."
Juan 20, 21

La Iglesia es apostólica porque está fundada sobre los Doce Apóstoles. La palabra apóstol significa enviado. Los Doce fueron: Pedro, Andrés, Santiago el Mayor, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Judas Tadeo, Santiago el Menor, Simón Cananeo, Judas Iscariote (el traidor), quien después fue reemplazado por Matías. Jesucristo transmitió y confió a los Apóstoles la misión que había recibido de su Padre, los convirtió en testigos de su Resurrección y en fundamento de su Iglesia y les dio el mandato de continuar con su misión. Cuando Él subió al Padre, les envió el Espíritu Santo, prometiéndoles que estaría con ellos hasta el fin del mundo (cf. CEC 857; CCEC 175).

La Iglesia es apostólica porque guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo, las enseñanzas y el buen depósito que los Apóstoles recibieron de Cristo. La Iglesia es instruida, santificada y gobernada, hasta la vuelta de Cristo, por los obispos. (cf. CEC 857; CCEC 174). Los obispos han sucedido a los Apóstoles como pastores de la Iglesia, y quien los escucha, escucha a Cristo; quien, en cambio, los desprecia, desprecia a Cristo y al que lo envió (cf. LG 20; cf. CEC 857).

La sucesión apostólica es la transmisión de la misión y de la potestad de los Apóstoles a sus sucesores, los obispos. Gracias a esta transmisión, la Iglesia se mantiene en comunión de fe y de vida con su origen y, al mismo tiempo, orienta a lo largo de los siglos todo su apostolado a la difusión del Reino de Cristo sobre la tierra (cf. CCEC 176).

Tomo 1 parte 2.indd 211 07-10-13 9:46

LA IGLESIA ES MADRE Y EDUCADORA

"La forma en que amamos a la Iglesia de Cristo, refleja la medida en que tenemos al Espíritu Santo."

Beato Juan XXIII

La Iglesia es Madre y educadora. Ella es quien nos acoge y nos ayuda a realizar nuestra vocación en la Iglesia. De la Iglesia recibimos la Palabra de Dios y la gracia de los sacramentos que nos sostienen en el camino. De la Iglesia aprendemos el ejemplo de la santidad, especialmente de la Virgen María, que es imagen y fuente de santidad (cf. LG 63; CEC 2030).

La Iglesia recibió de los Apóstoles el mandato de Cristo de anunciar la Verdad que nos salva. Por esto, a la Iglesia le compete proclamar los principios morales, opinar en el orden social, dar juicios sobre asuntos humanos en la medida en que lo exijan los derechos fundamentales de la persona humana o la salvación de las almas (cf. CEC 2032).

La enseñanza de los pastores de la Iglesia, en materia de moral, se ejerce especialmente en la catequesis y en la predicación con la ayuda de las obras de teólogos y autores espirituales. El depósito de la moral cristiana se ha transmitido de generación en generación, bajo la vigilancia de los pastores (cf. CEC 2033).

Su contenido está compuesto de normas, mandamientos y virtudes que proceden de la fe en Cristo y de la caridad. La catequesis ha tomado tradicionalmente como base el Credo, el Padre Nuestro y el Decálogo. Este último enuncia los principios morales comunes y obligatorios para todos los hombres (cf. CEC 2033).

Tomo 1 parte 2.indd 212 07-10-13 9:46

LOS MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA

El carácter obligatorio de estas leyes, promulgadas por la autoridad eclesiástica, tiene por fin garantizar a los fieles un mínimo indispensable de espíritu de oración y de esfuerzo moral, ambos vitales para crecer en el amor a Dios y al prójimo. Los mandamientos más generales son cinco:

1. Oír misa entera los domingos y demás fiestas de precepto.
Exige a los fieles que santifiquen el día domingo, en el cual se conmemora la Resurrección del Señor. También se pide santificar las fiestas litúrgicas en honor a los misterios del Señor, de la Virgen María y de los santos (cf. CEC 2042).

2. Confesar los pecados mortales al menos una vez al año.
Este mandamiento asegura la preparación a la Eucaristía mediante la recepción del Sacramento de la Reconciliación, que continúa la obra de conversión y de perdón iniciada en el Bautismo (cf. CEC 2042).

3. Recibir el Sacramento de la Eucaristía al menos en Pascua.
Este mandamiento garantiza un mínimo en la recepción del Cuerpo y la Sangre del Señor en conexión con el tiempo de Pascua, origen y centro de la liturgia (cf. CEC 2042).

4. Ayunar en los días establecidos por la Iglesia.
Este mandamiento asegura los tiempos de ascesis y de penitencia que nos preparan para las fiestas litúrgicas y para adquirir el dominio sobre los instintos y la libertad del corazón (cf. CEC 2043).

5. Ayudar en las necesidades de la Iglesia.
Este mandamiento enuncia que los fieles están obligados a ayudar, cada uno según su posibilidad, a las necesidades materiales de la Iglesia (cf. CEC 2043). Esto implica pagar el Dinero del Culto o Contribución a la Iglesia, que corresponde al 1% de los ingresos de los fieles.

Tomo 1 parte 2.indd 213 07-10-13 9:46

MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

"La Iglesia, como Jesús, tiene a María por Madre, y María la lleva en sus brazos."
Beato Alberto Alberione

Durante el Concilio Vaticano II, el 21 de noviembre de 1964, el papa Pablo VI proclamó solemnemente que María es Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el Pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores (cf. R Ma 47).

La Virgen María es Madre de la Iglesia en orden de la gracia, porque ha dado a luz a Jesús, el Hijo de Dios, Cabeza de la Iglesia. Cuando Cristo agonizaba en la cruz, se la dio por madre a Juan con estas palabras: "He aquí a tu madre" (Jn 19,27; CCEC 196).

Después de la Ascensión de su Hijo, la Virgen María ayudó a la Iglesia con sus oraciones y aún continúa intercediendo por sus hijos, para que se conviertan en modelos de fe y caridad. En ella vemos una imagen y un anticipo de la resurrección que nos espera y la invocamos como abogada, auxiliadora, socorro y mediadora (cf. CCEC 197).

La Iglesia contempla en la Virgen María lo que estamos llamados a ser sobre la tierra y lo que seremos en el Cielo (cf. CCEC 199).

Tomo 1 parte 2.indd 214 07-10-13 9:46

LOS FIELES DE CRISTO: JERARQUÍA, LAICOS, VIDA CONSAGRADA

Los fieles son aquellos que, incorporados a Cristo y a la Iglesia, son partícipes, cada uno según su propia condición, en la función sacerdotal, profética y real de Cristo y llamados a llevar a cabo la misión confiada por Dios a la Iglesia. Entre los fieles hay una verdadera igualdad en su dignidad de hijos de Dios (cf. CCEC 177).

Hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión:

- **A los Apóstoles y a sus sucesores,** Cristo les confió la función de enseñar, santificar y gobernar en su nombre y con su autoridad;
- **los laicos** participan de la función sacerdotal, profética y real de Cristo. Cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde en la misión de todo el Pueblo de Dios;
- **las personas consagradas a Dios** contribuyen a la misión salvífica de la Iglesia de la manera que les es propia y viviendo según los consejos evangélicos (cf. CEC 873).

Tomo 1 parte 2.indd 215 07-10-13 9:46

LA CONSTITUCIÓN JERÁRQUICA DE LA IGLESIA

Cristo ha instituido la jerarquía eclesiástica con la misión de guiar el pueblo de Dios en su nombre y por esto le ha dado autoridad (cf. CCEC 179).

La jerarquía eclesiástica está formada por los ministros sagrados:

obispos,
presbíteros,
diáconos.

Gracias al Sacramento del Orden, los obispos y los presbíteros actúan en el ejercicio de su ministerio en nombre de Cristo. Los diáconos sirven al pueblo de Dios en el servicio de la Palabra, de la liturgia, de la caridad (cf. CCEC 179).

Los miembros de la jerarquía eclesiástica están al servicio de la comunión de todos los miembros. Cada obispo ejercita su ministerio como miembro del gobierno episcopal, en comunión con el Papa, haciéndose partícipe del cuidado de la Iglesia Universal. Los sacerdotes ejercitan su ministerio en el presbiterio de la Iglesia particular, en comunión con el propio obispo y bajo su guía (cf. CCEC 180).

El colegio de los obispos, en comunión con el Papa y nunca sin él, ejerce también potestad suprema y plena sobre la Iglesia (cf. CCEC 183).

Tomo 1 parte 2.indd 216 07-10-13 9:46

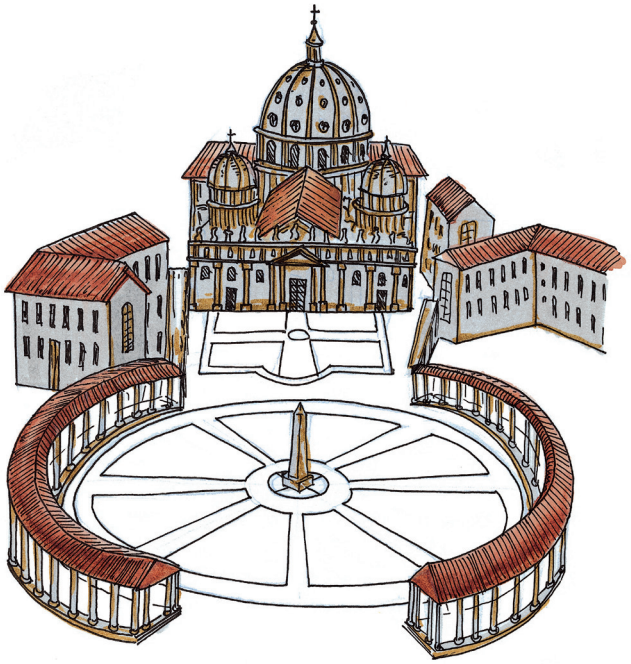
EL SANTO PADRE O ROMANO PONTÍFICE

Vicario o representante de Cristo en la tierra

El Señor hizo de san Pedro el fundamento visible de su Iglesia. Le entregó sus llaves y lo instituyó Pastor de toda la Iglesia. El Santo Padre, sucesor de san Pedro, es hoy el representante visible de Cristo en la Tierra (cf. CEC 881). Desde san Pedro, primer Santo Padre, hasta hoy, han habido 265 Papas.

El Papa es cabeza del colegio de los obispos y pastor de toda la Iglesia. Tiene, por institución divina, la potestad plena, suprema, inmediata y universal de ella. Es principio y fundamento visible de unidad, tanto de los obispos como de los fieles. (cf. CEC 882; CCEC 182).

Su residencia habitual está en Roma, Italia, en **Ciudad del Vaticano**. El embajador o representante del Papa en otros países es un obispo llamado Nuncio Apostólico.



Tomo 1 parte 2.indd 217 07-10-13 9:47

El Santo Padre, por razón de su potestad primacial sobre toda la Iglesia, debe velar por los asuntos de mayor gravedad e importancia. Los principales son:

1. Doctrinales:

- define dogmas, solo o con el Concilio Ecuménico;
- provee a la Evangelización en lugares donde la Iglesia aún no se halla establecida;
- instituye las Universidades y Facultades de Estudios Eclesiásticos;
- juzga las causas de beatificación y canonización de los siervos de Dios.

2. Legislativas:

- convoca al Concilio Ecuménico, lo preside y promulga sus decisiones;
- convoca al Colegio Episcopal para la realización de otras formas de actos colegiados o les da su aprobación;
- promulga las leyes generales de la Iglesia;
- promulga el Código de Derecho Canónigo para la Iglesia Latina;
- promulga el nuevo Código para las Iglesia Orientales;
- se reserva la dispensa de las leyes más importantes de derecho eclesiástico;
- celebra convenios *(concordatos, acuerdos)* con los Estados y otras sociedades políticas en nombre de la Iglesia.

3. Administrativas:

- erige diócesis, regiones y provincias eclesiásticas y cualquier variante al respecto;
- instituye obispos;
- ostenta el régimen supremo de los Institutos de Vida Consagrada;
- es Supremo Administrador de todos los bienes eclesiásticos;
- regula la Sagrada Liturgia, sin perjuicio de que corresponda también a los obispos;
- con potestad vicaria, dispensa de un matrimonio rato y no consumado;
- declara impedimentos matrimoniales de derecho divino y establece otros de derecho eclesiástico.

4. Judiciales:

- la primera Sede por nadie puede ser juzgada;
- cualquier fiel puede llevar su causa judicial ante la Santa Sede;
- ciertos decretos administrativos están sujetos a su aprobación previa;
- es instancia suprema de recurso administrativo.

5. Penales:

- ciertas censuras mayores están reservadas a la Santa Sede.[1]

[1] cf. Retamal R., Fernando, Pbro. *El Pueblo de Dios*. Personas y Estructuras. Comentarios al Derecho Canónico. Santiago, 1999, Tomo II (4), pg. 102-103

Tomo 1 parte 2.indd 218 07-10-13 9:47

TÍTULOS QUE RECIBE EL SANTO PADRE

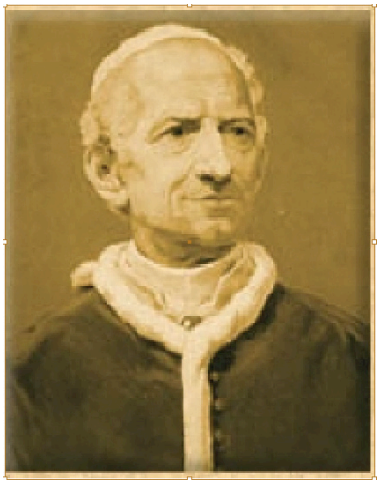
- Papa, término que significa “padre”.
- Obispo de Roma: Históricamente este título es el primero que se da al Papa, pues sucede a Pedro, primer obispo de Roma.
- Romano Pontífice
- Patriarca de Occidente: Este título se remonta a los primeros siglos. De los cinco patriarcados, sólo uno está en Occidente: el de Roma.
- Primado de Italia
- Metropolitano de la Provincia Eclesiástica de Roma
- Sumo Pontífice: La palabra “pontífice” viene de *pontifex*, “hacedor de puentes”.
- Vicario de Cristo. La palabra “vicario” viene de *vicarius*, “representante”. Es el representante de Cristo en la tierra.
- Su Santidad
- Siervo de los siervos de Dios
- Santo Padre

Tomo 1 parte 2.indd 219 07-10-13 9:47

LOS SANTOS PADRES DEL SIGLO XX

León PP. XIII: Gioacchino Pecci, italiano

20.II.1878 † 20.VII.1903



San Pío PP. X: Giuseppe Sarto, italiano

4.VIII.1903 † 20.VIII.1914

Benedicto PP. XV: Giacomo della Chiesa, italiano

3.IX.1914 † 22.I.1922

♦Pío PP. XI: Achille Ratti, italiano

6.II.1922 † 10.II.1939

Tomo 1 parte 2.indd 220 07-10-13 9:47

Pío PP. XII:
Eugenio Pacelli, italiano

2.III.1939 † 9.X.1958

Juan PP. XXIII:
Angelo Giuseppe Roncalli, italiano

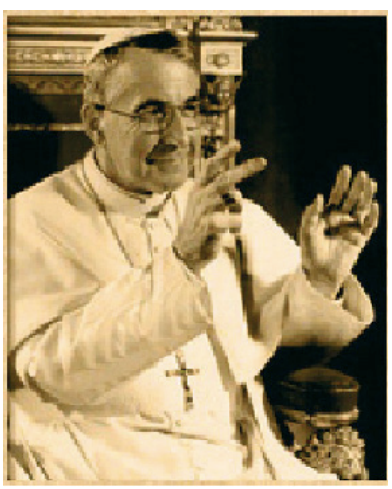
28.X.1958 † 3.VI.1963

Pablo PP. VI:
Giovanni Battista Montini, italiano

21.VI.1963 † 6.VIII.1978

Juan Pablo PP. I:
Albino Luciani, italiano

26.VIII.1978 † 28.IX.1978



Tomo 1 parte 2.indd 221 07-10-13 9:47

Juan Pablo PP. II:
Karol Wojtyla, polaco

16.X.1978 † 2.IV.2005

Benedicto PP. XVI:
Joseph Ratzinger, alemán

19.IV.2005 - 28.II.2013

Francisco:
Jorge Mario Bergoglio, argentino

13.III.2013

Tomo 1 parte 2.indd 222 07-10-13 9:47

LOS OBISPOS

"El pastor debe vigilar, proteger y conducir a las ovejas."
Salmo 22

Los obispos, instituidos por el Espíritu Santo, en unión y presididos por el Santo Padre, son los sucesores de los Apóstoles. Junto al Papa, son responsables de la misión, en general, de la Evangelización de la Iglesia y de su unidad. Colectivamente, los obispos forman el Colegio Apostólico (cf. CEC 938).

- Son el principio y fundamento visible de unidad en sus diócesis. La diócesis es una comunidad de fieles cristianos en unión de fe y de los sacramentos con su obispo;
- ejercen su gobierno pastoral sobre la porción del Pueblo de Dios que le ha sido confiada;
- se preocupan de la santidad del Pueblo de Dios;
- son maestros de la fe y la verdad (cf. Puebla 687);
- son signos y constructores de la verdad (cf. Puebla 688);
- atienden las necesidades de todos sus fieles;
- dirigen su Iglesia como verdaderos pastores, protegiendo y guiando;
- tienen la misión de enseñar auténticamente la fe, especialmente la Palabra de Dios;
- predican, anuncian y explican la Palabra de Dios;
- deben cuidar de la Iglesia Universal, junto al Papa (cf. CEC 886; 939).
- Los fieles debemos estar unidos al obispo como la Iglesia a Jesucristo, como Jesucristo al Padre, para que todas las cosas se armonicen en la unidad y crezcan para gloria de Dios (cf. LG 37).

Tomo 1 parte 2.indd 223 07-10-13 9:47

UN OBISPO PUEDE SER NOMBRADO:

• Cardenal

El título de Cardenal aparece entre los siglos X y XI. Los Cardenales son nombrados por el Papa. Tienen la misión de: elegir al Sumo Pontífice en el Cónclave, aconsejar al Papa en temas importantes, ayudarlo en el gobierno de su Iglesia.
Colectivamente, los Cardenales forman el Colegio Cardenalicio. A los setenta y cinco años se les ruega presentar su renuncia y a los ochenta años pierden el derecho de participar en la elección del nuevo Papa en el Cónclave.

• Arzobispo

Es el nombre que recibe un obispo al que se le adjudica una Arquidiócesis. La Arquidiócesis es una diócesis más grande e importante. Tiene autoridad de obispo en su propia Arquidiócesis. Ayuda también a supervisar a algunas diócesis vecinas que son más pequeñas.

• Obispo Diocesano

Es aquel que está a cargo de una diócesis. Una comunidad pequeña suele contar con una capilla. Varias comunidades suelen contar con una parroquia. Varias parroquias forman un decanato o zona. Cuando la diócesis es muy grande, se puede dividir en zonas, por lo que varias zonas forman la diócesis. Varios decanatos pueden formar una zona a cargo de un vicario o delegado del obispo. Al Obispo Diocesano que haya cumplido setenta y cinco años de edad se le ruega que presente la renuncia de su oficio al Sumo Pontífice, el cual proveerá, teniendo en cuenta todas las circunstancias (cf. CIC can 401).

• Obispo Auxiliar

Posee el título de una diócesis que existió en el pasado y ahora sólo existe en título. Es normalmente obispo asistente de un obispo diocesano en la actividad pastoral de la diócesis.

• Obispo Coadjutor

Es el obispo asistente o auxiliar de un Obispo Diocesano, con derecho a sucesión. Al quedar vacante la sede Episcopal, asume inmediatamente como Obispo Diocesano (cf. CIC can 409 &1)

• Obispo Castrense

El Obispo Castrense es el obispo nombrado por el Santo Padre para asistir pastoralmente a los fieles católicos que pertenecen a las Fuerzas Armadas. La jurisdicción del Obispo Castrense es personal más que territorial. Están bajo su jurisdicción: todos los fieles que son militares y los empleados que sirven en las Fuerzas Armadas, así como todos los miembros de sus familias.

• Obispo Emérito o dimisionario

Es el obispo que tuvo a su cargo anteriormente una diócesis y puede seguir colaborando para conferir los sacramentos.

• Vicario Episcopal

Asistente del obispo, delegado en una parte fundamental de la diócesis. Puede, o no, ser obispo. A menudo es un sacerdote designado por un obispo residencial.

• Monseñor

Sacerdote al cual se le ha querido reconocer en forma pública su destacado desempeño. “Monseñor” significa en francés “mi Señor”. A los obispos se les puede decir “Monseñor”. A un Cardenal se le acostumbra decir “Señor Cardenal” y también se le puede decir “Monseñor”.

Tomo 1 parte 2.indd 224 07-10-13 9:47

REUNIONES O ASAMBLEAS IMPORTANTES DE LOS OBISPOS

• Cónclave

"Con llave". Asamblea realizada en absoluto sigilo por los Cardenales para elegir Papa. Se realiza diez días después de la muerte de un Papa.

• Conferencia Episcopal

Reunión periódica de los obispos. La forman el conjunto de obispos de un país o territorio.

• Concilio Ecuménico

Es la reunión de todos los obispos del mundo, convocados y presididos por el Santo Padre, para tratar asuntos importantes de la vida de la Iglesia y de sus fieles. No hay Concilio Ecuménico si no es en comunión con la cabeza del Colegio Episcopal, el Santo Padre.

En los Concilios se profundiza y se busca interpretar auténticamente la Revelación; se tratan temas relativos a la fe, la moral o pastoral. Pueden definir dogmas (cf. CIC can 749).

Desde que Jesús fundó la Iglesia, han habido veintiún Concilios Ecuménicos. El primero fue el que tuvo lugar en Jerusalén, bajo la dirección de los Doce Apóstoles. Allí se definió que los que no eran judíos no estaban obligados a cumplir normas formales de esta religión, como por ejemplo, la circuncisión (cf. Hc 15).

El último Concilio fue el Vaticano II (1962 -1965), realizado bajo el pontificado de Juan XXIII y Pablo VI.

• Sínodo de obispos

Asamblea o reunión de obispos de distintas regiones del mundo. Se reúnen en ocasiones especiales para tratar un tema en particular y asesorar al Santo Padre. El Papa es quien convoca las asambleas, fija sus temas, ratifica a sus miembros, preside las reuniones —en persona o por delegación—, nombra a su secretario permanente y al secretario especial de cada asamblea. Las Asambleas pueden ser ordinarias, extraordinarias o especiales.

Las asambleas ordinarias del Sínodo son aquellas en que participan representantes de las diferentes Conferencias Episcopales y se celebran con una frecuencia periódica de cada cuatro años.

Las asambleas extraordinarias son las que convoca el Papa con carácter de urgencia en el momento en que estime oportuno.

Las asambleas especiales son aquellas en las que participan los obispos de un solo país o de un continente.[1]

• Consistorio

Reunión o asamblea que celebra el Papa con los cardenales. Existen Consistorios ordinarios y extraordinarios.

[1] cf. Retamal R., Fernando, Pbro. *El Pueblo de Dios. Personas y Estructuras. Comentarios al derecho Canónico.* Santiago, 1999, Tomo II (4), pg. 104

Tomo 1 parte 2.indd 225 07-10-13 9:47

EL COLEGIO EPISCOPAL Y SU CABEZA, EL PAPA, TIENEN LA MISIÓN DE ENSEÑAR, SANTIFICAR Y GOBERNAR

La misión de enseñar de los obispos

Los obispos, ayudados por los presbíteros, sus colaboradores, tienen la misión de enseñar auténticamente la fe, de celebrar el culto divino, sobre todo la Eucaristía, y de dirigir su Iglesia como verdaderos pastores (cf. CEC 939).

Para mantener a la Iglesia en la pureza de la fe transmitida, Cristo quiso dar a su Iglesia una participación en la propia infalibilidad de su Verdad. Lo hace a través del Magisterio vivo de la Iglesia.

El Magisterio está constituido por los obispos, en comunión con el Santo Padre, y actúan en nombre de Jesucristo. El Magisterio tiene la misión de proteger a la Iglesia de las desviaciones y de los fallos y de garantizar la posibilidad de profesar sin error la fe auténtica (cf. CEC 889).

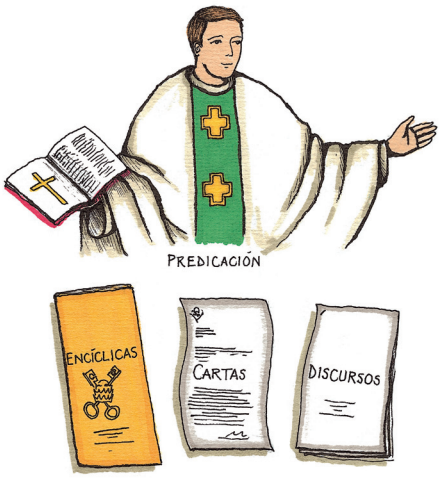
El Magisterio debe velar para que el Pueblo de Dios permanezca en la Verdad. Por eso debe de predicar, conservar e interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita. Defiende, custodia, enseña y profundiza la Sagrada Escritura transmitida y vivida por la Tradición. Para cumplir con este servicio, Cristo ha dotado a los Pastores del carisma de infalibilidad. El grado supremo de la participación en la autoridad de Cristo está asegurado por este carisma, el cual se extiende a todo el depósito de la Revelación Divina, a todos los elementos de la Doctrina —incluida la moral—, sin los cuales las verdades salvíficas de la fe no pueden ser salvaguardadas, expuestas y observadas (cf. CEC 890; 2035).

El Magisterio de la Iglesia ejerce plenamente la autoridad que le viene de Cristo al definir dogmas, es decir, cuando propone, de una forma que obliga al Pueblo cristiano a una adhesión irrevocable de fe, verdades contenidas en la Revelación Divina o verdades que tienen un vínculo necesario con la Revelación. La palabra “dogma” deriva del griego y significa “parecer bien”, “opinar”, “creer”. El dogma es una afirmación doctrinal que la Iglesia ha definido en forma solemne. Es una verdad de fe en la que todos los católicos debemos creer y aceptar sin dudar (cf. CEC 86- 87).

Tomo 1 parte 2.indd 226 07-10-13 9:47

MAGISTERIO ORDINARIO Y MAGISTERIO SUPREMO

Magisterio Ordinario



El Magisterio Ordinario y universal del Papa y de los obispos en comunión con él enseña a los fieles la Verdad en la que han de creer, la caridad que han de practicar y la bienaventuranza que han de esperar (cf. CEC 2034).

El Papa entrega su enseñanza de manera ordinaria a través de sus discursos o sus homilías, encíclicas y exhortaciones.

Los obispos entregan su enseñanza en sus diócesis, mediante cartas o discursos. También se reúnen en las Conferencias Episcopales.

Los presbíteros enseñan con su predicación, colaboran en la tarea de Magisterio del obispo en su diócesis.

Magisterio Supremo

El Magisterio Supremo es el que realiza el Santo Padre cuando, como Pastor y Maestro supremo de todos los fieles, proclama, en un acto definitivo, la Doctrina en cuestiones de fe y moral (cf. CEC 891).

La infalibilidad prometida por Cristo a su Iglesia reside también en el Cuerpo Episcopal cuando ejerce el Magisterio Supremo con el sucesor de Pedro, sobre todo en un Concilio Ecuménico (cf. CEC 891). Cuando la Iglesia propone, por medio de su Magisterio Supremo, que algo se debe aceptar como "revelado por Dios para ser creído" y como enseñanza de Cristo hay que aceptar sus definiciones con la obediencia de la fe. La infalibilidad es necesaria para salvaguardar las verdades de fe.

Tomo 1 parte 2.indd 227 07-10-13 9:47

La misión de santificar de los obispos

El obispo es signo de la presencia de Cristo en el mundo. Participa de la misión santificadora de Cristo cuando administra los sacramentos y fomenta en los fieles la búsqueda de la santidad cristiana (cf. CEC 893).

El obispo es el administrador de la gracia, en particular de la Eucaristía. La Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia particular (cf. CEC 893).

El obispo y los presbíteros santifican a la Iglesia con su oración, su trabajo y su ejemplo, por medio del ministerio de la Palabra y de los sacramentos (cf. CEC 893).

La misión de gobernar de los obispos

Los obispos, como vicarios de Cristo, gobiernan las Iglesias particulares que se les ha confiado no sólo con sus consejos y su ejemplo, sino también con su autoridad y potestad sagrada. Esta autoridad la deben ejercer mediante el espíritu de servicio, que es el espíritu del Maestro, para edificación de sus fieles (cf. LG 27; Lc 22,26-27; CEC 894).

La autoridad y potestad que desempeñan en nombre de Cristo es propia, ordinaria e inmediata. Esta autoridad debe ejercerse en comunión con toda la Iglesia y bajo la guía del Papa (cf. CEC 895).

Jesús, el Buen Pastor, debe servir de modelo y conformar la misión pastoral del obispo. Consciente de sus propias debilidades, éste puede disculpar a los extraviados e ignorantes. Los fieles deben estar unidos a su obispo como la Iglesia a Cristo y como Jesucristo al Padre (cf. CEC 896).

Tomo 1 parte 2.indd 228 07-10-13 9:47

LOS FIELES LAICOS

Los fieles laicos son todos los bautizados, no ordenados ni del estado religioso, que viven en el mundo y en los negocios temporales y a quienes Dios llama a ejercer el apostolado (cf. CEC 897; 940).

Los laicos tienen como vocación propia buscar el Reino de Dios, ocupándose de iluminar y ordenar las realidades temporales según el querer de Dios. En esta forma responden al llamado a la santidad y al apostolado que se dirige a todos los bautizados (cf. CEC 898; CCEC 188).

Los laicos deben descubrir o idear los medios para que las exigencias de la fe y de la vida cristiana impregnen todas las realidades sociales, políticas y económicas. Los fieles laicos deben tener conciencia no sólo de pertenecer a la Iglesia sino de *ser* Iglesia, bajo la guía de los Pastores, del Santo Padre y de los obispos (cf. CEC 899).

Tomo 1 parte 2.indd 229 07-10-13 9:47

LA PARTICIPACIÓN DE LOS LAICOS EN LA MISIÓN SACERDOTAL DE CRISTO

Los laicos participan en el sacerdocio de Cristo cuando se unen a Él y despliegan la gracia del Bautismo y de la Confirmación a través de todas las dimensiones de la vida personal, familiar, social y eclesial y realizan así el llamado a la santidad dirigido a todos los bautizados (cf. CEC 941).

Los laicos participan de esta misión de Cristo cuando ofrecen como sacrificio espiritual, sobre todo en la Eucaristía, la propia vida con todas sus obras, oraciones e iniciativas apostólicas; la vida familiar y el trabajo diario; las molestias de la vida sobrellevadas con paciencia, así como los descansos físicos y consuelos espirituales. De esta manera, también los laicos, dedicados a Cristo y consagrados por el Espíritu Santo, ofrecen a Dios el mundo mismo (cf. CCEC 189).

De manera particular, los padres de familia participan en esta misión de santificación al impregnar de espíritu cristiano la vida conyugal y al dar una educación cristiana a sus hijos (cf. CEC 902).

Tomo 1 parte 2.indd 230 07-10-13 9:47

LA PARTICIPACIÓN DE LOS LAICOS EN LA MISIÓN PROFÉTICA DE CRISTO

Gracias a su misión profética, los laicos están llamados a ser testigos de Cristo en el interior de la sociedad humana. Cumplen con la misión profética, es decir, "evangelizar el mundo", cuando su testimonio de vida y de palabra responde al querer de Cristo (cf. CEC 905).

El verdadero apostolado busca ocasiones para anunciar a Cristo con la palabra y el ejemplo, tanto a los no creyentes como a los fieles. Los fieles laicos que sean capaces de ello, y que se formen para ello, pueden prestar su colaboración en la formación catequética, en la enseñanza de las ciencias sagradas y en los medios de comunicación social (cf. CEC 905- 906).

Los laicos tienen el derecho, y a veces el deber, de manifestar a los pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia. Deben hacerlo siempre guardando la integridad de la fe y de las costumbres y la reverencia hacia los pastores; tomando en cuenta el bien común y la dignidad de las personas (cf. CEC 907; CIC can 212, 3).

Tomo 1 parte 2.indd 231 07-10-13 9:47

LA PARTICIPACIÓN DE LOS LAICOS EN LA MISIÓN REAL DE CRISTO

Los laicos participan en la misión real de Cristo al vencer el pecado en sí mismos y en el mundo por medio de la abnegación y la santidad de la propia vida (cf. CCEC 191).

El laico está invitado a combatir el pecado, contribuyendo a sanear estructuras sociales en el marco de la justicia y de la verdad. También está invitado a colaborar con sus propios carismas a la construcción del Reino de Dios en el mundo y a cooperar con la jerarquía en el ejercicio de la potestad de gobierno, en los conflictos particulares, en los sínodos diocesanos, en los consejos pastorales, en los asuntos económicos y en los tribunales eclesiásticos (cf. CEC 909- 911).

Los fieles laicos están llamados a reinar como Cristo reinó, haciéndose servidores de todos, especialmente de los pobres y de los que sufren. Así podrán realizar su dignidad regia viviendo conforme a esta vocación de servir con Cristo (cf. CEC 786).

Tomo 1 parte 2.indd 232 07-10-13 9:47

LA VIDA CONSAGRADA A DIOS

La vida consagrada es un estado de vida escogido libremente y reconocido por la Iglesia, que se caracteriza por vivir los consejos evangélicos de la pobreza, obediencia y castidad por amor al Reino de Dios (cf. CEC 944; 915).

En la vida consagrada, los fieles se proponen, bajo la inspiración del Espíritu Santo, seguir más de cerca a Cristo, entregarse a Dios, buscando la perfección de la caridad en el servicio del Reino (cf. CEC 916).

En la Iglesia han crecido diversas formas de vida consagrada, tanto solitaria como comunitaria, y diversas familias religiosas que se desarrollan para el progreso de sus miembros y para el bien de todo el Cuerpo de Cristo (cf. CEC 917).

Los obispos se esforzarán siempre en discernir y animar a los nuevos dones de vida consagrada confiados por el Espíritu Santo a su Iglesia. La aprobación de nuevas formas de vida consagrada está reservada a la Sede Apostólica (cf. CEC 919).

LA VIDA EREMÍTICA

Los eremitas viven totalmente apartados del mundo, en silencio, soledad, oración y penitencia. Dedican su vida a la alabanza de Dios y salvación del mundo. Es un llamamiento particular a encontrar la gloria del Crucificado en el desierto y en el combate espiritual (cf. CEC 920-921).

Tomo 1 parte 2.indd 233 07-10-13 9:47

LA VIDA RELIGIOSA

Se distingue de las otras formas de vida consagrada por la profesión pública de los consejos evangélicos (obediencia, pobreza y castidad), la vida fraterna llevada en común y por testimoniar la unión de Cristo y de la Iglesia (cf. CEC 926).

Todos los religiosos colaboran con el obispo diocesano en su misión pastoral (cf. CEC 927).

INSTITUTOS SECULARES

Un instituto secular es un instituto de vida consagrada en el cual los fieles, viviendo en el mundo, aspiran a la perfección de la caridad y se dedican a procurar la santificación del mundo desde dentro de él (cf. CEC 928).

Tomo 1 parte 2.indd 234 07-10-13 9:47

SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA

Los miembros de estas sociedades no tienen voto religioso. Buscan el fin apostólico propio de la sociedad llevando una vida fraterna en común según el propio modo de vida y aspiran a la perfección de la caridad por la observancia de las constituciones. Entre éstas, existen sociedades cuyos miembros abrazan los consejos evangélicos (obediencia, pobreza y castidad), mediante un vínculo determinado por las constituciones (cf. CEC 930).

Tomo 1 parte 2.indd 235 07-10-13 9:47

CREO EN LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Tomo 1 parte 2.indd 236 07-10-13 9:47

Este artículo del Credo es un gran regalo y consuelo para todos los que somos cristianos. La palabra "comunión" significa "común - unión". Cristo nos une tan íntimamente a Él que también une entre sí a todos los que son bautizados. La Iglesia es precisamente la comunión de los santos (cf. CEC 946).

La expresión "comunión de los santos" tiene dos significados. Indica, ante todo, la común participación de todos los miembros de la Iglesia en las cosas santas: la fe, los sacramentos, en particular la Eucaristía, los carismas y otros dones o bienes espirituales. También indica la comunión entre las personas santas, es decir, entre quienes por la gracia están unidos a Cristo muerto y resucitado. Es la formada entre todos los bautizados vivos y muertos.

Todos juntos formamos una sola familia con Cristo, para alabanza y gloria de la Trinidad:

- los que peregrinamos en la tierra (Iglesia Peregrina);
- los difuntos que se purifican (Iglesia Purgante);
- los que ya están glorificados en el cielo contemplando claramente a Dios (Iglesia Triunfante)

(cf. CEC 954; CCEC 195).

Tomo 1 parte 2.indd 237 07-10-13 9:47

BIENES ESPIRITUALES DE LOS CRISTIANOS

LA FE

Según el Nuevo Testamento, la Iglesia se edifica comunicando a todos la fe en el Evangelio (cf. Flm 6). La fe de los fieles es la fe recibida de los Apóstoles. El don de la fe nos une como hermanos, nos hace vincularnos unos a otros. Es un tesoro de vida que se enriquece cuando se comparte (cf. CEC 949).

LOS SACRAMENTOS

El fruto de todos los sacramentos pertenece a todos. Porque los sacramentos y, sobre todo el Bautismo, que es como la puerta por la que los hombres entran en la Iglesia, nos unen a Jesucristo. La Comunión de los Santos es la comunión de los sacramentos. El nombre de comunión puede aplicarse a cada uno de ellos, porque cada uno de ellos nos une a Dios. La Eucaristía lleva esta comunión a su culminación (cf. CEC 950).

LOS CARISMAS

El Espíritu Santo reparte distintas "gracias especiales" llamadas carismas entre sus fieles, para la construcción de su Iglesia. (cf. LG 12). Los carismas son dones gratuitos extraordinarios y temporarios, son conferidos por el Espíritu Santo para beneficio de los demás y edificación de la Iglesia (cf. CEC 951).

San Pablo en Corintios 12, 28 nombra nueve de ellos: "el lenguaje de la sabiduría, el lenguaje de la ciencia, el don de la fe, el don de sanación, el don de milagros, el don de profecía, el discernimiento de los espíritus, el don de lenguas, el don de interpretación". A estos nueve dones, Pablo agrega seis, en Romanos 12, 6-8: capacidad para servir, enseñar, aconsejar, distribuir, presidir, hacer obras de misericordia. Estos carismas, según san Pablo y santo Tomás de Aquino, son inferiores a la Caridad, a la gracia santificante y a los siete dones del Espíritu Santo. Los carismas preparan las almas para los dones.[1]

LOS BIENES EN COMÚN

Todo lo que posee el verdadero cristiano debe considerarlo como un bien común para con los demás y debe estar dispuesto y ser diligente para socorrer al necesitado. El cristiano es un administrador de los bienes del Señor (cf. CEC 952).

LA CARIDAD

En la comunión de los santos ningún cristiano debe vivir para sí mismo. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. El menor de nuestros actos hecho con amor en un servicio solidario repercute en beneficio de todos. Debemos recordar que como cristianos somos sólo administradores de los bienes del Señor (cf. CEC 953).

[1] cf. Rutuolo, Dolindo. *Ven Espíritu Santo*. op. cit., pg. 95

Tomo 1 parte 2.indd 238 07-10-13 9:47

LA COMUNIÓN CON LA IGLESIA DEL CIELO O TRIUNFANTE

La intercesión de los santos

Por el hecho de que los del Cielo están íntimamente unidos a Cristo, no dejan de interceder por nosotros ante el Padre. Presentan por medio de Cristo Jesús los méritos que adquirieron aquí en la tierra. Su solicitud fraterna ayuda a muchos en nuestra debilidad (cf CEC 956).

Nuestra unión con la Iglesia del Cielo se realiza especialmente cuando celebramos juntos la Santa Misa. Es allí donde estamos todos unidos y redimidos por la sangre de Cristo, unidos en una misma Iglesia, alabando con un mismo canto al Dios Uno y Trino: *"Cuando se reúnen dos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos"*.

Tomo 1 parte 2.indd 239 07-10-13 9:47

LA COMUNIÓN CON LOS SANTOS

Veneramos a los santos como modelos nuestros, pero especialmente para que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu Santo se vea reforzada por la práctica del amor fraterno. La comunión con los santos nos une a Cristo, del que mana toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios. Podemos invocar y venerar a los santos, pues están íntimamente unidos a Cristo y pueden interceder por nosotros ante el Padre (cf. CEC 957).

La ayuda de los santos es importante en nuestra debilidad. Existe aquí un gran amor fraterno. Unos nos ayudamos a otros (cf. LG 49).

Tomo 1 parte 2.indd 240 07-10-13 9:47

LA COMUNIÓN CON LOS DIFUNTOS, CON LA IGLESIA EN PURIFICACIÓN

La Iglesia peregrina ha honrado desde los primeros tiempos del cristianismo con gran piedad el recuerdo de los difuntos. La Iglesia en Purificación espera liberarse de toda mancha o presencia de pecado para su encuentro con Dios. Es una costumbre santa y provechosa orar por los difuntos, para que se liberen de sus pecados. Nuestra oración por ellos puede no sólo ayudarlos, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor (cf. CEC 958).

Quienes se encuentran en la condición de purificación están unidos tanto a los bienaventurados, que ya gozan plenamente de la vida eterna, como a nosotros, que caminamos en este mundo hacia la casa del Padre (cf. CEC 1032).

Después de la muerte, los que viven en estado de purificación experimentan la misma solidaridad eclesial que actúa en la oración, en los sufragios y en la caridad de los hermanos en la fe. Sufragio significa ofrecer la Santa Misa, es decir, ofrecer la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo por el difunto. La purificación se realiza en el vínculo que se crea entre quienes viven la vida del tiempo presente y quienes ya gozan de la bienaventuranza eterna. Esta comunión se extiende a los cristianos abandonados: por más solo que muera un cristiano, jamás muere solo, toda la Iglesia está para ayudarlo a unirse a Dios que lo creó. Se extiende a los justos que no son aún cristianos y que se hallan por lo mismo privados de las riquezas sacramentales. Se extiende a cristianos pecadores: Por el hecho de hallarse aún en la Iglesia, son ayudados por los bienes espirituales para que recobren la gracia y la vida que habían perdido y participan de los beneficios de que se ven privados quienes se hallan totalmente en la Iglesia. Se extiende incluso a los hombres que no son miembros de Cristo más que en esperanza, que no han aceptado aún la gracia secreta que los visita.[2]

Cuando cumplimos el piadoso deber de rezar y ofrecer sufragios por los difuntos, no debemos olvidar a nuestros padres, parientes, amigos y conocidos. Ellos esperan nuestras oraciones, nuestras buenas obras, sacrificios, limosnas, indulgencias y oraciones que ofrecemos a Dios para que les conceda el perdón de sus pecados y puedan cuanto antes gozar de la presencia eterna de Dios, su Padre. La Iglesia encomienda los difuntos a la misericordia de Dios y ofrece sufragios en su favor, especialmente la Santa Misa (cf. CEC 1055).

La Liturgia de la Iglesia conmemora de una manera especial la comunión de los santos en la Fiesta de *Todos los Santos* el 1° de noviembre. A los fieles difuntos se los recuerda el 2 de noviembre.

[1] cf. Cat Rom, I , Cap 10 , N° 26

Tomo 1 parte 2.indd 241 07-10-13 9:47

LA COMUNIÓN EN LA FAMILIA DE DIOS, EN LA IGLESIA PEREGRINA

Todos los hijos de Dios y miembros de una misma familia en Cristo, al unirnos en el amor mutuo y en la misma alabanza a la Santísima Trinidad, estamos respondiendo a la íntima vocación de la Iglesia (cf. CEC 959).

Cristo ha muerto por todos, de modo que lo que cada uno hace o sufre en y por Cristo da frutos para todos. Por su solidaridad con nosotros, nos hace capaces de vivificar nuestra actividad con el amor y transformar nuestro trabajo y nuestra historia en una historia de salvación. Somos protagonistas junto a Él de la transformación del mundo (cf. CEC 961).

Los cristianos debemos empeñarnos en vivir una vida santa, pues nuestras buenas obras influyen en la santidad de los demás, así como los malos actos perjudican a toda la Iglesia. San Pablo dijo que "los fieles de la Iglesia somos como los miembros de un cuerpo humano. Si un miembro sufre, todos los demás sufren. Si uno goza, todos los demás gozan".

La comunión con todos los seres humanos, es decir, de nuestros hermanos en la fe, se hace por medio de oraciones que unos ofrecemos por otros y porque todos participamos de los bienes y gracias de la Iglesia. Somos una familia que debe apoyarse en los buenos y malos momentos de la vida. Todos nos necesitamos, todos nos podemos ayudar.

El poder de la oración es inmedible y sólo cuando algún día lleguemos a la plena comunión con Dios en el Cielo sabremos cómo nos ayudaron personas que rezaban por nosotros en momentos de aflicción o de pruebas. La oración de nosotros por otros o de otros por nosotros nos da vida, nos ayuda a seguir adelante en la vida diaria.

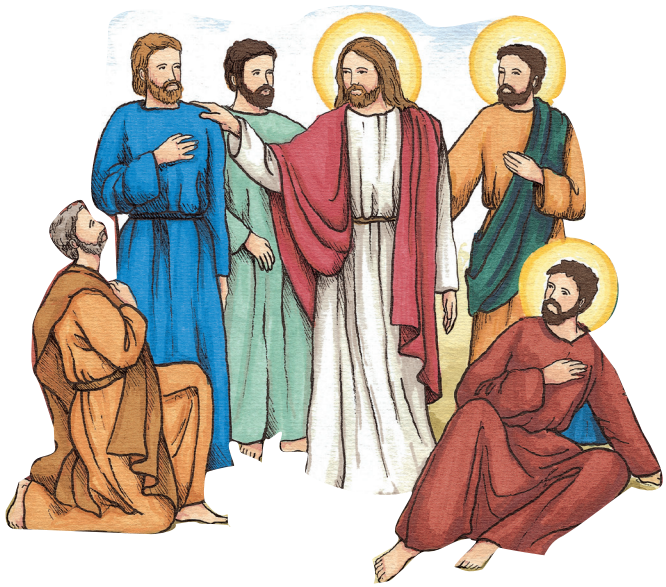
Tomo 1 parte 2.indd 242 07-10-13 9:47

CREO EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS

"Después de la Resurrección, Jesús se aparece a sus Apóstoles y les dijo: 'Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedarán retenidos'." (Jn 20, 22-23).

Tomo 1 parte 2.indd 243 07-10-13 9:47

JESÚS CONFIERE EL PODER DE PERDONAR LOS PECADOS A LA IGLESIA



El Bautismo es el primero y principal Sacramento para el perdón de los pecados; nos une a Cristo muerto y resucitado por nosotros y nos da el Espíritu Santo (cf. CEC 985).

Por voluntad de Cristo, la Iglesia posee el poder de perdonar los pecados cometidos después de haber recibido el Bautismo. Lo ejerce de forma habitual en el Sacramento de la Penitencia o Reconciliación por medio de los obispos y presbíteros (cf CEC 986).

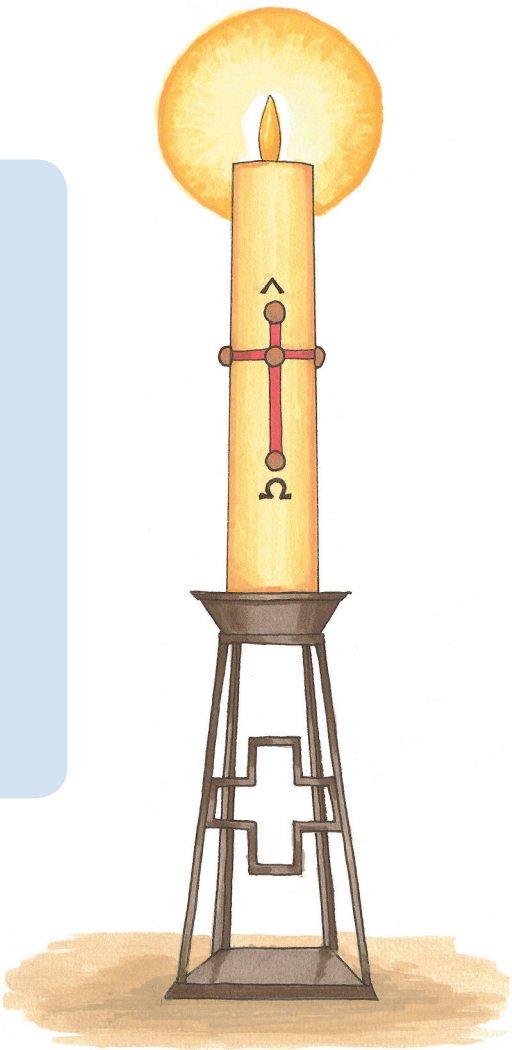
No existe ninguna falta por grave que sea que la Iglesia no pueda perdonar. Excepto, como dice Jesús, el pecado contra el Espíritu y que es cerrarse a la gracia, al perdón y a la misericordia de Dios. Todo cristiano debe esperar con confianza el perdón siempre que su arrepentimiento sea sincero. Cristo, que ha muerto por todos los hombres, quiere que en su Iglesia estén siempre abiertas las puertas del perdón a cualquiera que vuelva del pecado (cf. CEC 982).

En el perdón de los pecados, los sacerdotes y los sacramentos son los instrumentos de Jesucristo, ya que Él es el único autor y dispensador de nuestra salvación, para borrar nuestras faltas y darnos la gracia de la salvación (cf. CEC 987).

Tomo 1 parte 2.indd 244 07-10-13 9:47

CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

"El cuerpo es para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Y, Dios, que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros con su poder. ¿No saben que sus cuerpos son miembros de Cristo?...No se pertenecen… Glorifiquen a Dios con su cuerpo."
1 Corintios, 6 13-20



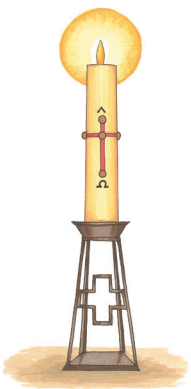
El término "carne" designa al hombre en su condición de debilidad y mortalidad. La expresión "resurrección de la carne" significa que el estado definitivo del hombre no será solamente el alma espiritual separada del cuerpo, sino que también nuestros cuerpos mortales un día volverán a tener vida (cf. CCEC 202; 203).

Tomo 1 parte 2.indd 245 07-10-13 9:47

CREEMOS EN LA RESURRECCIÓN

"Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera vivirá."

Juan 11,25



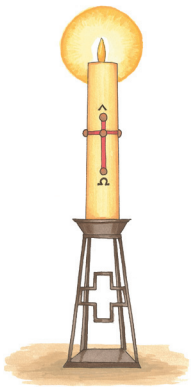
Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que los resucitará en el último día, con un cuerpo incorruptible. Como la suya, nuestra resurrección será obra de la Santísima Trinidad (cf. CEC 989).

Creer en la resurrección de los muertos ha sido desde los comienzos un elemento esencial de la fe cristiana. La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos. Somos cristianos por creer en ella (cf. CEC 991).

La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo. Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprensiones y oposiciones. Se acepta que después de la muerte la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero, ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna? (cf. CEC 996).

Tomo 1 parte 2.indd 246 07-10-13 9:47

¿CÓMO RESUCITAN LOS MUERTOS?



¿Qué es resucitar?

En la muerte se produce la separación del alma y el cuerpo. El cuerpo cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios, en su omnipotencia, dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús (cf. CEC 997).

¿Quién resucitará?

Todos los hombres que han muerto. Los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida y los que hayan hecho el mal, para la condenación (cf. CEC 998).

¿Cómo resucitarán?

Cristo resucitó con su propio cuerpo: "Miren mis manos y mis pies; soy yo mismo" (Lc 24,39), pero Él no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo, en Él todos resucitarán con su cuerpo que tiene ahora, pero este cuerpo será "transfigurado en cuerpo de gloria", en cuerpo espiritual (cf. CEC 999).

Este "cómo" sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento. Sólo es posible entenderlo por la fe. La participación en la Eucaristía nos da ya un anticipo de la transfiguración de nuestro cuerpo en Cristo (cf. CEC 1000).

¿Cuándo resucitaremos?

Sin duda el último día, al fin del mundo. La resurrección de los muertos está íntimamente ligada a la Parusía o segunda venida de Cristo (cf. CEC 1001).

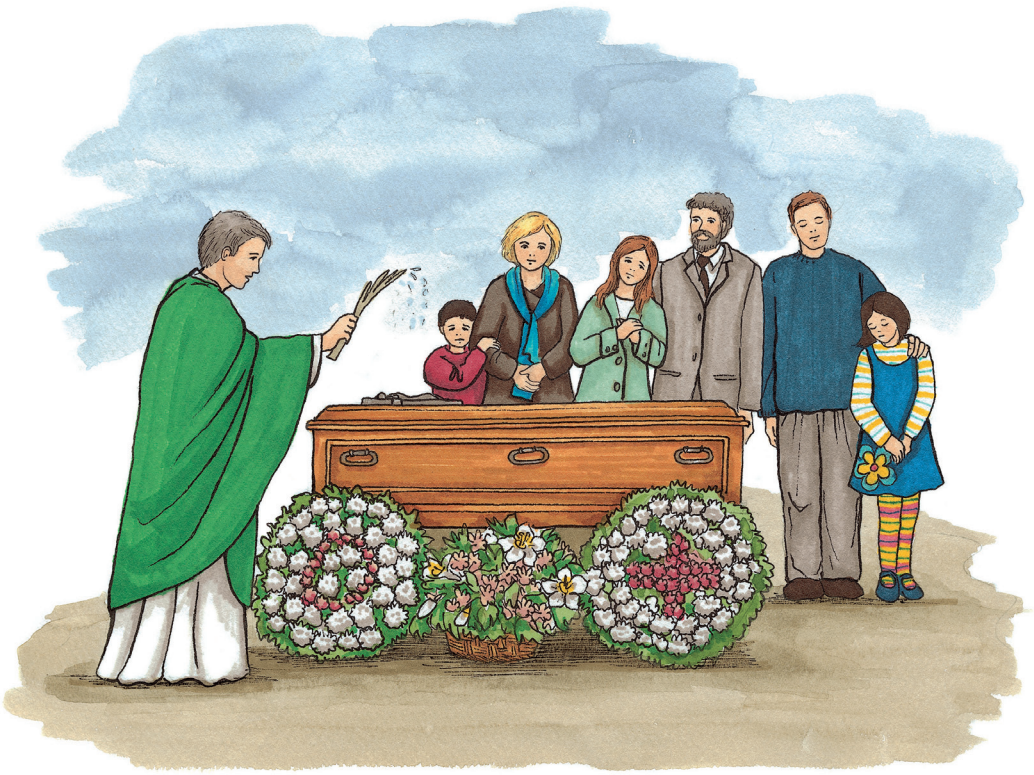
Tomo 1 parte 2.indd 247 07-10-13 9:47

LA MUERTE

"Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia."
Filipenses 1, 21

LA MUERTE CORPORAL ES EL FINAL DE LA VIDA TERRENA.

La muerte es la separación del alma y del cuerpo. El cuerpo cae en la corrupción, mientras el alma, que es inmortal, va al encuentro del juicio de Dios y espera volverse a unir al cuerpo, cuando éste resurja transformado en la segunda venida del Señor (cf. CCEC 205).



Nuestras vidas están medidas por el tiempo, en el curso del cual cambiamos, envejecemos y, como en todos los seres vivos de la tierra, al final aparece la muerte como término normal de la vida. Este aspecto de la muerte da urgencia a nuestras vidas. El recuerdo de nuestra mortalidad sirve para hacernos pensar que no contamos más que con un tiempo limitado para llevar a buen término nuestra vida (cf. CEC 1007).

Tomo 1 parte 2.indd 248 07-10-13 9:47

LA MUERTE ES CONSECUENCIA DEL PECADO.

Como consecuencia del pecado original, el hombre debe sufrir la muerte corporal, de la que el hombre se habría liberado, si no hubiese pecado. Por tanto, la muerte fue contraria a los designios de Dios Creador y entró en el mundo como consecuencia del pecado (cf. CEC 1018).

LA MUERTE FUE TRANSFORMADA POR CRISTO.

Jesús sufrió libremente la muerte por nosotros en una sumisión total y libre a la voluntad de Dios, su Padre. La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en una bendición. Por su muerte, Cristo venció a la muerte, abriendo así a todos los hombres la posibilidad de la salvación (cf. CEC 1019).

Tomo 1 parte 2.indd 249 07-10-13 9:47

EL SENTIDO DE LA MUERTE CRISTINA

"No temamos a la 'hermana muerte'; ella es una puerta que se abre para permitirnos el acceso a la presencia de Dios."

San Francisco de Asís

Gracias a Cristo la muerte cristiana tiene un sentido positivo. En la muerte, Dios llama al hombre hacia Sí. Morir en Cristo Jesús significa morir en gracia de Dios, sin pecado mortal. Así el creyente en Cristo, siguiendo su ejemplo, puede transformar la propia muerte en un acto de obediencia y de amor al Padre. "Si hemos muerto con Él, también viviremos con Él" (2Tim 2, 11; CCEC 206).

La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre, del tiempo de gracia de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrena según el designio divino y para decidir su último destino (cf. CEC 1013).

La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte, a pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros *"en la hora de nuestra muerte"* (Ave María) y a confiarnos a san José, patrono de la buena muerte. Lo importante es vivir una vida en Cristo y también cuando el Señor nos llame entregarnos a Él y vivir pascualmente la muerte (cf. CEC 1014).

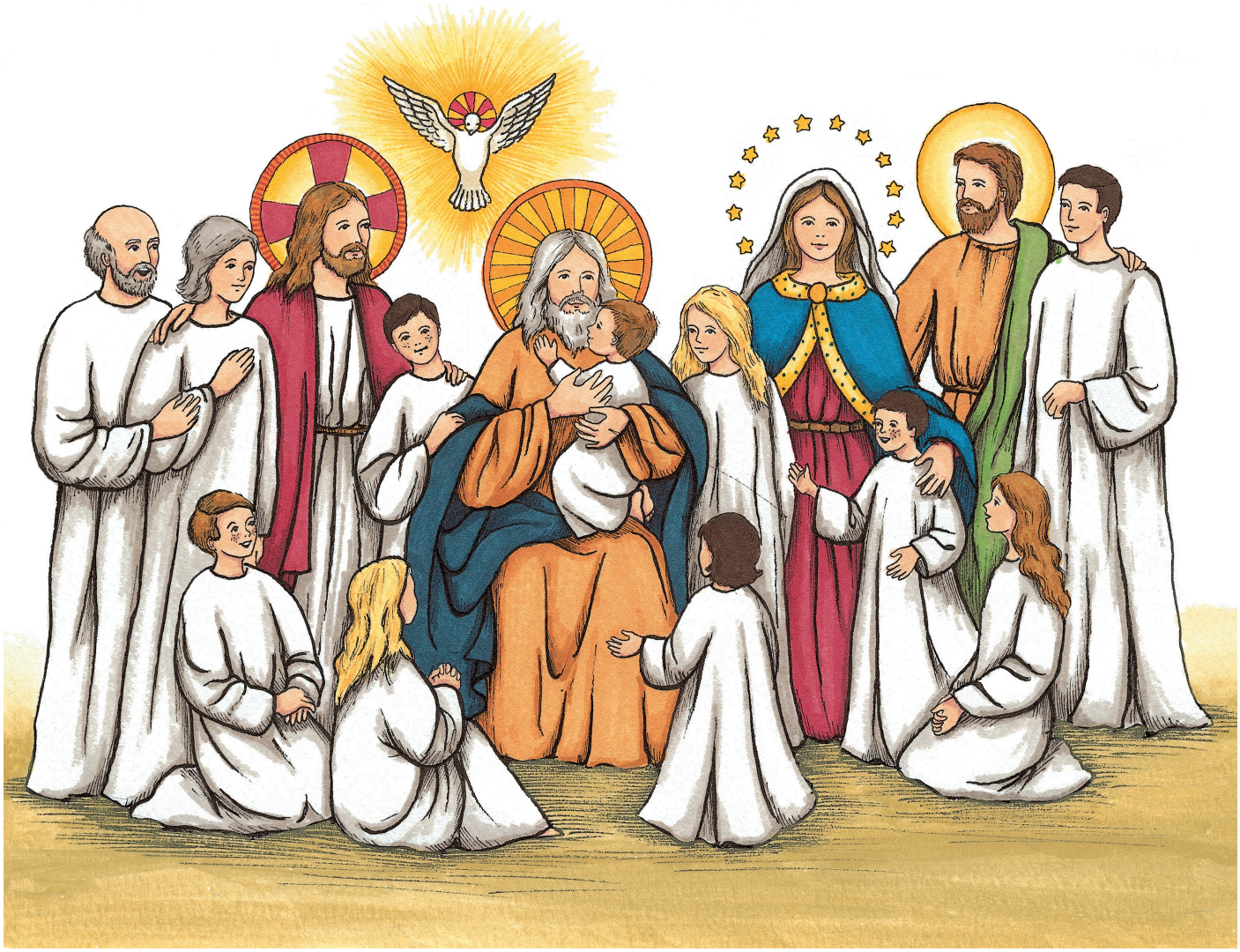
Tomo 1 parte 2.indd 250 07-10-13 9:47

San Alberto Hurtado decía en una de sus meditaciones sobre la muerte:
"El concepto cristiano de la muerte es inmensamente más rico y consolador: la muerte para el cristiano es el momento de hallar a Dios, a Dios a quien ha buscado durante toda su vida. La muerte para el cristiano es el encuentro del Hijo con el Padre; es la inteligencia que halla la suprema verdad, es la inteligencia que se apodera del sumo Bien. La muerte no es muerte. Lo veremos a Él cara a cara, a Él nuestro Dios que hoy está escondido. Veremos a su Madre, nuestra dulce Madre, la Virgen María. Veremos a sus santos, sus amigos que serán también nuestros hermanos: hallaremos a nuestros padres y parientes, y aquellos seres cuya partida nos precedió. En la vida terrestre sólo los conocimos por los sentidos, medios precarios e imperfectos, y no pudimos penetrar en lo íntimo de sus corazones, pero en la Gloria nos veremos sin oscuridades ni incomprensiones. Muchos se preguntan si en la otra vida conoceremos los seres queridos. La Iglesia nunca ha dado una definición sobre este punto, pero en su liturgia encontramos la respuesta. En la misa que el sacerdote reza por sus padres difuntos, pide: "Señor, a mi padre y a mi madre haz que en la región de los vivos yo los vea".
Por otra parte, conociendo la manera de obrar de Dios ¿No sería una burla extraña en su proceder la de poner en nuestros corazones un amor inmenso; ardiente hacia seres que para nosotros son más que nosotros mismos, si ese amor estuviese llamado a desaparecer con la muerte? Todo lo nuestro nos acompañará en el más allá, ¿acaso esos amores tan profundos están llamados a olvidarse o quedar insatisfechos? No. Dios no rompe vínculos de lo que ha creado; Dios no se arrepiente de sus dones, antes bien es fidelísimo. Una firme esperanza late en mi corazón fundada, no en los méritos humanos, sino en el amor de Dios: que Él tomará las manos suplicantes que se extienden hacia el desaparecido y las guiará hacia Él de modo que vuelvan a ayudar y acariciar el alma amada.
¿Cuál será la alegría y sorpresa del cristiano al terminar su vida terrena y ver que esa prueba ha terminado? Los dolores pasaron, y ha llegado aquello por lo cual luchó y se sacrificó.¡Qué precio tan barato por una Gloria eterna! Algunos años difíciles, ¡Pero qué cortos fueron! ¡Qué grande si se considera en sus efectos eternos!"[1]

[1] Hurtado, Alberto. *Un disparo a la eternidad*, Santiago de Chile, 2002, pg. 210

Tomo 1 parte 2.indd 251 07-10-13 9:47

CREO EN LA VIDA ETERNA



"La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo".[1]

[1] Prefacio I de la misa de difuntos

Tomo 1 parte 2.indd 252 07-10-13 9:47

¿QUÉ ES LA VIDA ETERNA?

"Entonces seremos libres y veremos,
veremos y amaremos, amaremos y daremos
gracias. He aquí lo que sucederá al fin, sin fin."

San Agustín

La vida eterna es la que comienza inmediatamente después de la muerte. Esta vida no tendrá fin; será precedida para cada uno por un juicio particular por parte de Cristo, Juez de vivos y muertos, y será ratificada en el juicio final (cf. CCEC 207).

El cristiano que une su propia muerte a la de Jesús ve la muerte como una ida hacia Él y la entrada en la vida eterna (cf. CEC 1020).

Cuando la Iglesia dice por última vez las palabras de perdón de la absolución de Cristo sobre el cristiano moribundo, lo sella por última vez con una unción fortificante y le da a Cristo en el viático como alimento para el viaje (cf. CEC 1020). Le habla con una dulce seguridad:
"Alma cristiana, al salir de este mundo, marcha en nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te creó, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti, en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió. Entra en el lugar de la paz y que tu morada esté junto a Dios en Sión, la ciudad santa, con Santa María Virgen, con san José y todos los ángeles y santos …Te entrego a Dios, y, como criatura suya, te pongo en sus manos, pues tu Hacedor, que te formó del polvo de la tierra. Y al dejar esta vida, salgan a tu encuentro la Virgen María y todos los ángeles y santos… Que puedas contemplar cara a cara a tu Redentor"[1]

"Alegría, ¡qué feliz se vive cuando se piensa en lo eterno! Allí está mi morada....¿Dolores? Pasan, pero la eternidad permanece. ¿Muerte? No, un hasta luego, sí ¡hasta el cielo! ¡Hasta muy pronto!"

San Alberto Hurtado

[1] Ritual Romano, *Ordo exsequiarum*, "Commendatio animae"

Tomo 1 parte 2.indd 253 07-10-13 9:47

JUICIO PARTICULAR

"Seremos juzgados por el amor."
San Juan de la Cruz

La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo. El Nuevo Testamento asegura reiteradamente la existencia de una retribución inmediata después de la muerte de cada uno como consecuencia de sus obras y de su fe (cf. CEC 1021).

Al morir, cada hombre recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular por Cristo, Juez de vivos y muertos. En el juicio particular, Dios Padre pone al desnudo nuestra vida terrena y establece el premio o castigo divino en relación fe con su fe y sus obras. Esta retribución consiste en el acceso a la felicidad del Cielo, inmediatamente o después de una adecuada purificación, o bien a la condenación eterna al infierno (cf. CCEC 208).

En el Sacramento de la Penitencia, el pecador anticipa en cierta manera el juicio al que será sometido en el fin de la vida terrena (cf. CEC 1470).

Tomo 1 parte 2.indd 254 07-10-13 9:47

EL CIELO

"Ni ojo vio, ni oído oyó, ni la mente humana puede jamás soñar lo que Dios tiene preparado para los que le aman."
1Corintios 2, 9

Por Cielo se entiende el estado de felicidad suprema y definitiva. Es la vida perfecta con la Santísima Trinidad, es la comunión de vida y de amor con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados. Es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha (cf. CEC 1024).

Todos aquellos que mueren en la gracia de Dios y no tienen necesidad de posterior purificación son reunidos en torno a Jesús, a María, a los ángeles y a los santos; se forma así la Iglesia del Cielo, donde ven a Dios "cara a cara" e interceden por nosotros (cf. CCEC 209). Esta contemplación de Dios en su gloria celestial es llamada por la Iglesia "visión beatífica".

Vivir en el Cielo es "estar con Cristo". Por su muerte y Resurrección Jesucristo nos ha "abierto" el Cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la Redención realizada por Cristo. El Cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Él (cf. CEC 1025- 1026).

En la gloria del Cielo, los bienaventurados continúan cumpliendo con alegría la voluntad de Dios en relación a los demás hombres y a la creación entera. Ya reinan con Cristo; con Él , ellos reinarán por los siglos de los siglos (cf. CEC 1029).

Este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo, sobrepasa toda comprensión y toda representación. La Escritura nos habla de ella en imágenes: vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del Reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, Paraíso (cf. CEC 1027).

Tomo 1 parte 2.indd 255 07-10-13 9:48

El Cardenal Monseñor Jorge Medina analiza algunas imágenes de la vida eterna en su libro "En las manos del Padre", Retiro espiritual predicado al Santo Padre Juan Pablo II en Cuaresma del año 1993:

Ante todo, la vida eterna es la "casa del Padre" (Jn 14,2). Esta expresión sugiere la idea de la familia: la casa es la morada de un grupo humano unido por lazos de sangre, cuya cabeza es el padre. La atmósfera de la casa familiar debe ser normalmente de serena alegría, de concordia, de afecto. "Oh, qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos" (Sal 133,1). "La alegría de los miembros de la familia emana de experimentar el amor del Padre" (Lc 15,11-32). Casa de ese Padre que nos ha concedido la dignidad de ser hijos en el Hijo, que nos ha amado tanto hasta darnos a su Hijo para nuestra salvación (Jn 3,16). Vida de familia donde todos son miembros del Cuerpo del Hijo, donde hay una Mujer que mira a todos los hermanos de su Hijo como hijos queridos. ¡Qué grato es regresar a casa luego de meses o años de ausencia! Aquí en la tierra hay tantas cosas para hablar en familia; allá en la gloria, habrá tantos motivos comunes y sin fin, para alabar la obra de amor del Padre por su Hijo y en el Espíritu Santo. Si en este mundo somos peregrinos, en el Cielo estaremos en casa, en posesión perpetua de nuestra herencia, la más rica, la más noble, la más colmada de todo bien.

Jesús habla de la vida eterna como de un banquete (Lc 22,18). Sentarse a la mesa juntos es un gesto profundamente humano. Jesús se hizo invitar por Zaqueo (Lc 19,5) y ese almuerzo fue para ese hombre la ocasión de su salvación. Jesús mismo escogió el marco de una cena para instituir el sacrificio del culto de la Nueva Alianza. Comer juntos es una experiencia de comunión: se escucha, se habla, se oye, se responde, se intercambian diversos puntos de vista. La comunión entre las personas es más importante que las viandas y las bebidas. El banquete expresa concordia, paz, alegría.

La vida eterna será sin tiempo. El tiempo ya no importa. Ahí existirá la plena y definitiva comunión entre quienes han llegado a ser uno con Cristo. Ahí habrá intercambio de alegría sin amago. Ahí habrá saciedad perfecta, no de alimentos materiales, sino del vino del Reino (Lc 22,18), de la plenitud, de la posesión de todo aquello que se puede desear en Dios.

Se habla de la vida eterna, llamándola "la gloria". La gloria es el esplendor de ser perfecto. En nuestro lenguaje, la gloria es asociada a la luz, a la magnificencia, a la majestad. La gloria es un atributo cuya propiedad sólo pertenece a Dios, se encuentra inundado por su esplendor y su belleza. Entonces, su espíritu se postra en adoración, reconociendo la plenitud del ser divino, la perfección sin límites de la Santísima Trinidad.[3]

[1] Medina, Card. Jorge. *En las manos del Padre*. Ciudad, 1993, pg. 35

Tomo 1 parte 2.indd 256 07-10-13 9:48

LA PURIFICACIÓN FINAL O PURGATORIO

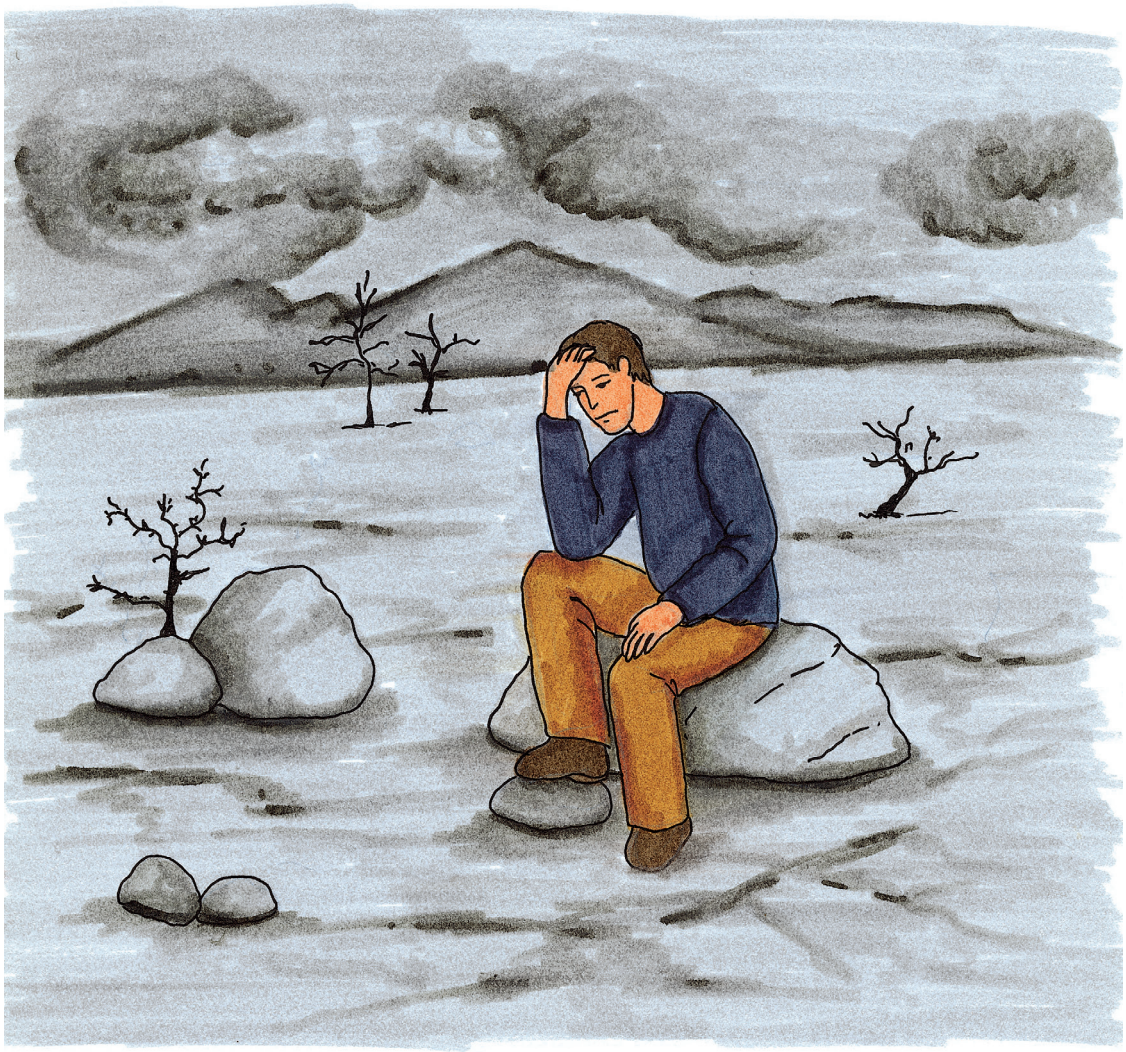
"No dudemos, en socorrer a los que han partido y en ofrecer nuestras plegarias por ellos."
San Juan Crisóstomo

El Purgatorio es un estado transitorio de purificación de quienes, habiendo muerto en gracia de Dios y estando seguros de su salvación, necesitan llegar a la santidad necesaria para entrar al Cielo. La Iglesia llama Purgatorio a esta purificación final de los elegidos (cf. CEC 1030-1031).

En virtud de la Comunión de los Santos, los fieles que peregrinamos aún en la tierra podemos ayudar a las almas en el Purgatorio ofreciendo por ellos oraciones de sufragio, en especial el sacrificio de la Eucaristía. La Iglesia también recomienda las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia a favor de los difuntos (cf. CCEC 211).

Tomo 1 parte 2.indd 257 07-10-13 9:48

EL INFIERNO



"El que no ama, permanece en la muerte.
Todo el que odia a su hermano es un homicida, y saben que ningún homicida posee vida eterna."

1 Juan 3,14-15

Tomo 1 parte 2.indd 258 07-10-13 9:48

Morir en pecado mortal, sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra "infierno" (cf. CEC 1033).

La enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del infierno y su eternidad. Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte y allí sufren las penas del infierno, "el fuego eterno". La pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios en quien el hombre tiene la vida y la felicidad (cf. CEC 1035).

Jesús habla con frecuencia de la *"gehenna"* y del *"fuego que nunca se apaga"* (cf. Mt 5, 22-29; Mc 9, 43-48), reservado a los que hasta el fin de su vida rehúsan creer y convertirse.
Si nos preguntamos qué significa realmente estar condenado, es precisamente no poder hallar gusto en nada, no querer nada ni a nadie ni tampoco ser querido. Estar expulsado de la capacidad de amar y, por tanto, del ámbito del poder amar, es el vacío absoluto, en el que la persona vive en contradicción consigo misma y cuya existencia constituye realmente un fracaso.[4]

La Iglesia y las Escrituras llaman a la responsabilidad con la que el hombre debe usar su libertad en relación con su destino eterno. Constituye al mismo tiempo un llamado a la conversión. Dios no predestina a nadie a ir al infierno: para que esto suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (pecado mortal) y persistir en él hasta el final. En la Liturgia Eucarística y en las plegarias diarias de los fieles, la Iglesia implora la misericordia de Dios, "que quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión" (cf. CEC 1036-1037).

[1] Ratzinger, Joseph. *Dios y el mundo*. Buenos Aires, 2005, pg. 176

Tomo 1 parte 2.indd 259 07-10-13 9:48

EL JUICIO FINAL

"El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte"[1]

La Iglesia cree firmemente y confiesa que todos los hombres comparecerán con sus cuerpos en el día del Juicio ante el tribunal de Cristo para dar cuenta de sus propias acciones (cf. CEC 1059).

El Juicio Final revelará hasta las últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena. Será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios (cf. CEC 1038-1039).

El Juicio Final sucederá cuando Cristo vuelva glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar, sólo Él decidirá su advenimiento. Entonces Él pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo su Palabra definitiva sobre la historia. El Juicio Final revelará que la justicia de Dios triunfa sobre todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte. El mensaje del Juicio Final llama a la conversión mientras Dios da a los hombres todavía el tiempo favorable, el tiempo de Salvación (cf. CEC 1040-1041).

Este Juicio Final sucederá al fin del mundo, del que sólo Dios conoce el día y la hora. Después del Juicio Final, el universo entero, liberado de la esclavitud de la corrupción, participará de la gloria de Cristo, inaugurando los "nuevos cielos y la tierra nueva" (2Pe 3,13). Así se alcanzará la plenitud del Reino de Dios, es decir, la realización definitiva del designio salvífico de Dios de "hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra" (Ef 1,10). Dios será entonces "todo en todos" (1Co 15,18), en la vida eterna (cf. CCEC 215; 216).

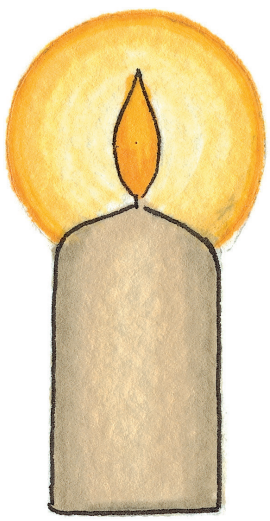
[1] cf. CEC 1040

Tomo 1 parte 2.indd 260 07-10-13 9:48

AMÉN

La palabra hebrea *Amén,* con la que se termina también el último libro de Sagrada Escritura, algunas oraciones del Nuevo Testamento y las liturgias de la Iglesia, significa nuestro "sí" confiado y total a cuanto confesamos creer (cf. CCEC 217).

Jesucristo mismo es el "Amén" (cf. Ap 3,14). Es el "Amén" definitivo del amor del Padre hacia nosotros; asume y completa nuestro "Amén" al Padre. "Todas las promesas hechas por Dios han tenido su Sí en Él, y por eso decimos por Él, Amén, a la gloria de Dios" (2Co, 1,20; CEC 1065).



Tomo 1 parte 2.indd 261 07-10-13 9:48

Tomo 1 parte 2.indd 262 07-10-13 9:48